

LA ILUSTRACION Ibérica

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año X

ESPAÑA
Un año 12'50 ptas.
Un semestre. 6'50 "
Número suelto 0'25 "
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis

Barcelona 26 de noviembre de 1892

CUBA Y PUERTO RICO
Un año 5 pesos oro.
En el resto de América
fijan el precio los Sres. Corresponsales.
EXTRANJERO
Un año 18 pesetas.

Núm. 517



[FATAL NOTICIA!]



SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Crepúsculo* (poesía), por V. Serrano Clavero.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Boccato di cardinale!* (poesía), por Edmundo de C. Bonet.—*El fenomenismo*, por U. González Serrano.—*Borines* (poesía), por Salvador Rueda.—*Los retratados*, por Luis Taboada.—*Percheleras* (poesía), por Narciso Díaz de Escovar.—*Nuestros grabados*.—*El hilo de la golondrina*, por F. Degetau y González.—*Desde la azotea*, por Felipe Rizzo y Almela.—*En Susa*, por Mme. Jane Dieulafoy (continuación).—*La hermosa Graziana*, por Anton Julio Barrili (continuación).

GRABADOS: ¡Fatal noticia!—Por el camino vecinal.—Marqueño negándose a reverenciar a Amán.—El vado.—Carlos Meryon.—Paisaje de Arrán.—El buque de los confinados.—El tambor del rey no será tocado nunca por los rebeldes!—Madrid: Cabalgata histórica.—Estudio-modelo para *El jardín de las Hespérides*.—Estudio para *En la fuente*.—Estudio para la *Bacante*.—Notas artísticas.—Mr. Enrique Tate.—Mr. J. Lewis.

MADRID

Las dos reinas.—Festejos.—La mantilla de la reina Amelia.—D. Miguel de los Santos Alvarez

El azul y el blanco de la bandera portuguesa se ha unido al rojo y gualda de la bandera española, y bajo los dos pabellones con los colores de lo más hermoso y rico de la península Ibérica, el cielo que la cobija y la sangre de sus hijos se han verificado las solemnes fiestas palatinas y los animados regocijos populares que han celebrado la estancia de los reyes de Portugal en Madrid.

En el palacio de los reyes, en el teatro Real, se ha mostrado brillante y fastuosa la aristocracia; las heráldicas diademas han coronado gentiles ó venerables cabezas, y los ricos aderezos de fulgurantes piedras han chispeado sobre albos senos que orlaban las plumas y acariciaban los encajes.

Nada más espléndido que la función regia en el teatro de la Opera: allí brillaron las dos soberanas, destacándose cada una con los rasgos distintivos de su posición y de su carácter. La de Portugal, la esposa feliz, la madre afortunada que no conoce del mundo más que las dichas, vestida de azul, el color del cielo que tan admirablemente sienta á su juvenil belleza y que hace resaltar su simpática hermosura, y la de España, la triste viuda, la madre del huérfano cuya cuna se levantó al lado del sepulcro de su padre y que vió interrumpidas sus dichas y sus amores por una de esas desgracias que forman siempre una nube en la vida, vestida con los tonos serenos que parece que reflejan la tristeza de sus pensamientos y la gravedad de sus responsabilidades. Pero las dos ataviadas con gusto de damas elegantes y con riqueza de reinas, las dos ocupando con dignidad sus puestos y correspondiendo á sus posiciones.

La una es la majestad que ejerce el cargo supremo de una nación: la otra la gracia que tiene la misión de embellecer la vida. D.^a María Cristina de Hapsburgo es la regente que reina en nombre de su hijo. D.^a María Amelia de Orleans es la consorte que deja á su esposo las responsabilidades del poder y que hace que las risas de los príncipes que vienen á prolongar la dinastía de los Braganzas alegren las tristezas del melancólico palacio de Ajuda, tantas veces visitado en este siglo por la muerte.

Las dos soberanas, estrechamente unidas, la una para festejar á sus huéspedes ilustres, la otra para corresponder al agasajo con demostraciones de simpatía, han descollado en la pasada semana, llamando acerca de ellas la atención pública.

Si las fiestas palatinas han sido brillantes, las fiestas populares han sido animadísimas, y los festejos del Centenario de Colón, que comenzaron con tanta desdicha, han terminado de un modo notable, habiendo obtenido gran éxito la cabalgata histórica, la retreta, y la corrida de toros y el partido de pelota han sido notabilísimos.

La reina Amelia ha obtenido en Madrid un

gran éxito. La hermosa soberana, que cife á su frente la triple corona del poder, de la juventud y de la belleza, no ha querido abandonar á Madrid sin engalanarse una vez siquiera con la que fué aérea diadema de nuestras hermosas: con la mantilla blanca.

Había escuchado los versos de Calderón, recitados por Vico; había visto en la Exposición Histórica los cuadros de Velázquez; se había impregnado del espíritu animado, chispeante, de este pueblo de Madrid, que la ha acogido con tantas simpatías, y le faltaba algo para identificarse por completo con nuestro pueblo: ver una corrida de toros de verdad, sin mojigangas y con matadores de cartel, y verla engalanándose con la mantilla blanca y prendida con claveles.

Las nieblas de Twinckenham, donde la hicieron nacer las vicisitudes de su familia, no helaron la sangre sevillana que lleva en las venas, y á los rayos del sol de Madrid, esa sangre se ha animado, como un clavel criado en una estufa y que recibiera de repente las caricias de las auras de Andalucía.

El — ¡Viva la reina barbiata! lanzado por Mariano de Cavia desde las columnas de *El Liberal* no es, bajo el punto de vista de la rígida etiqueta, muy correcto, y una dama del antiguo régimen palidecería debajo del colorito al escucharle y tendría que recurrir al auxilio de su pomito de sales para no desvanecerse al oírlo; pero es el grito de moda que ha salido de muchos pechos al conocer el deseo de la reina del país donde son más hermosas las camelias.

Lagartijo, abandonando el cómodo retiro donde hallaba el descanso después de sus bregas del verano para apresurarse á satisfacer el deseo de la reina; Guerrita, siguiendo el ejemplo del maestro, y Mazzantini, apresurándose á coger los trastos para complacer á su majestad, cumplieron como buenos, demostrando que no se extingue en nuestro país la flor de la galantería. Ello es que la fiesta de la Plaza de Toros fué magnífica.

Las beldades madrileñas no quisieron dejar de corresponder á la galantería de la reina Amelia, y siguiendo el ejemplo de la hermosa soberana se engalanaron con la mantilla.

¡Pobre mantilla española, postergada por el exótico sombrerillo francés! Bien te debía la suerte este desquite que te proporcionara una reina de Portugal, una princesa de la casa de Orleans, de la que abandonó las lises tradicionales para enarbolar la bandera tricolor que sintetizaba el espíritu de su país y de la sociedad moderna, y de la que elevó la figura del rey ciudadano sancionado por el pueblo y reinando con la Constitución, sobre la figura del rey absoluto, ungido por el óleo del derecho divino.

No se puede saber lo que el porvenir tiene reservado á la hermosa reina Amelia. Ha ido al trono por el camino sembrado de flores del amor, y allá, en Lisboa, embellece sus días consagrándose á la caridad.

La obligación que le impone su dignidad de dama primera de la orden de Santa Isabel, creada en 1801 por la infanta Carlota Joaquina de España, esposa del príncipe regente Juan María Luis José, que reinó luego con el nombre de Juan VI, ella la cumple de buen grado visitando los hospicios, los hospitales y los asilos benéficos. Dos hijos, fruto de su amor, animan su existencia, y sea la que quiera la suerte que le reserve el destino, de seguro que conservará entre los recuerdos más gratos de su vida los de su estancia en este pueblo donde ha encontrado tantas simpatías.

En las fiestas palatinas rompe la rígida etiqueta cortesana para hablar con todo el que se le acerca, para dirigir á todos palabras amabilísimas y para expresar la satisfacción que experimenta.

Vino á Madrid siendo la soberana legítima de los 4.550.669 habitantes que componen la monarquía portuguesa, y al marcharse puede decir con verdad que ha ensanchado su reino, pues reina por los derechos de su esposo en Portugal y por las simpatías que ella con sus

bellas cualidades ha sabido granjearse en muchos corazones españoles.

Allí tiene, como atributo de su soberanía, la regia diadema, enriquecida por los brillantes de las colonias portuguesas, y aquí tiene la mantilla blanca, prendida con los claveles rojos y gualda que crecen en las huertas valencianas y en los cármenes andaluces.

Allá es la reina de Portugal y de los Algarbes, señora del golfo de Guinea y de más allá del mar en África, y aquí es la reina barbiata.

Allá tiene á su paso el Himno de la Carta: aquí sería preciso que Barbieri y Chueca recogiesen en un himno eminentemente nacional la música de los requiebros, el rumor de las alabanzas que se escapan del pecho á la vista de lo bueno, lo que se canta en las serenatas y lo que se grita en las verbenas, y que con ello hicieran el himno que podría llamarse el himno de la reina Amelia ó el himno de la mantilla blanca.

•••

La muerte de D. Miguel de los Santos Alvarez ha causado un profundo pesar en los círculos literarios y aristocráticos de Madrid. Era el amigo íntimo y compañero cariñoso de Espronceda, el que le inspiró su *Diablo Mundo* y el que pudo, sin audacia rayana con la profanación, acometer la empresa de añadir un canto al poema del Byron español, una de las personalidades más salientes y notables de Madrid.

Su edad avanzada, el trato que tuvo con las figuras más salientes del romanticismo, la parte activa y gloriosa que tomó en aquel grandioso movimiento literario con su poema *María*, sus condiciones de escritor castizo y humorista, su carácter bondadoso con un ligero matiz de escepticismo dulce y tranquilo, todo hacía de D. Miguel de los Santos Alvarez una figura originalísima.

Parecía un hombre de otras edades, perdido en medio de la generación presente, y cuando se le veía con su larga capa azul de ancho cuello y embozos de terciopelo carmesí descoloridos por los años, ó cuando se le encontraba en los salones con su frac abotonado del tiempo de Martínez de la Rosa, se experimentaba un placer muy grato, porque aquel hombre tenía una conversación amenísima y poseía, como pocos, el secreto de decir cosas agradables.

Ministro de España en Méjico, allá por los años de 1852, consejero de Estado después, jubilado en estos últimos, había olvidado á las Musas, siendo para con ellas, que tanto le favorecieron en su juventud, ingrato, y había descuidado la literatura que le había dado tan envidiado y respetable nombre. Pero si su pluma estaba ociosa, brillaba su ingenio en la conversación buscada por todos, como deleite del espíritu, y no había mesa bien servida ni salón aristocrático que no se le disputase.

Pero él prefería á todo su rincón del Casino de Madrid, donde se pasaba las horas desde las dos de la madrugada hasta que amanecía, leyendo los periódicos nacionales y extranjeros y conversando con los que eran, como él, impenitentes trasnochadores.

Dos días antes de morir asistía á su habitual tertulia, y la noticia de su muerte causó en Madrid sorpresa y tristeza. La prensa toda le ha dedicado sentido homenaje, y su entierro ha sido una manifestación de simpatías, en la que han tomado parte representación de todas las clases sociales.

Muerto el autor de *María* no queda ya en España más representación de la época romántica que el insigne vate D. José Zorrilla.

Dios le conserve mucho tiempo. Sólo viendo y hablando á estos ilustres varones, verdaderas glorias de la patria, podemos convencernos de que no son legendarias las noticias que tenemos de aquella época brillantísima, en la que tanto esplendor alcanzaron las letras españolas.

KASABAL

CREPÚSCULO

Se hundía el sol tras la cumbre
de aquel picacho distante
tiñendo de ópalo y grana
los nacarados celajes.
Al abandonado nido
veloz retornaba el ave,
y los hijos del trabajo
á sus tranquilos hogares,
con canciones en los labios
y alegría en los semblantes.

Junto á la vieja ventana
guarnecida de follaje,
enlazadas nuestras manos
y unidos nuestros pesares,
contemplando silenciosos
aquel sol agonizante,
estábamos ella y yo,
tristes los dos, los dos graves.
En el nido del tejado
dos golondrinas amantes
asomaban sus cabezas...
¡tal vez aprendiendo á amarse!
Y nosotros, subyugados
por éxtasis inefable,
sentíamos nuestras almas
á otros mundos elevarse.

Cual rey que en honrosa fuga
sus ricas galas esparce,
al fin el astro ocultóse
tras el picacho salvaje,
dejando en pos franjas de oro
y nacarados celajes.
En el turbio azul del cielo,
como perla sin engarce,
brilló con luz temblorosa
el lucero de la tarde.
En la alta torre del templo,
con ecos irregulares,
sonó el *Angelus* solemne
como nunca triste y grave.
Exhaló entonces mi amada
un suspiro, vacilante,
y doblando la rodilla
y á hacer lo propio obligándome,
murmuró con dulce acento:
—Reza conmigo un instante...
¡Siquiera un avemaría
por el alma de mi madre!

V. SERRANO CLAVERO

BIBLIOGRAFÍA

EN TROPEL.—CANTOS ESPAÑOLES, por Salvador Rueda,
con un pórtico de Ruben Dario.—Madrid. 1892.—2 pe-
setas.

El día que yo pueda, es decir, el día que yo
tenga tiempo, ¡oh!, el día que yo tenga tiempo
he de escribir un libro más gordo que todos
los libros de Rueda juntos estudiando y me-
tiéndole por los ojos al leyente todas las ma-
ravillas que contienen esos versos; versos que
hay que recomendar á los directores de las es-
cuelas de ciegos para que se los hagan leer á
sus educandos, en la seguridad de que habrán
dever *la luz* leyéndolos.

Yo no sé de ningún poeta de ahora que me-
rezca ser estudiado con la grande atención que
debe serlo Rueda. Trátase de un revolucionario
como no haya habido otro en la lírica con-
tellana, desde los tiempos del *magnífico Gón-
gora* (el epíteto es del amigo *Clarín*). No se
trae Rueda una *nota personal*, sino todo un
sistema musical completo.

Rueda es el poeta (único) de la generación
contemporánea. Peor para el que no lo com-
prenda así y no lo sepa ver.

COLÓN.—¿FUÉ EL VERDADERO DESCUBRIDOR DE AMÉRICA?
¿DÓNDE NACIÓ?—Por F. Brunet y Bellet.—Barcelona,
1892.

Es un librito entretenidísimo, como todo lo
que escribe su autor, hombre de ideas que á
veces desconciertan, pero de cuya sólida ins-

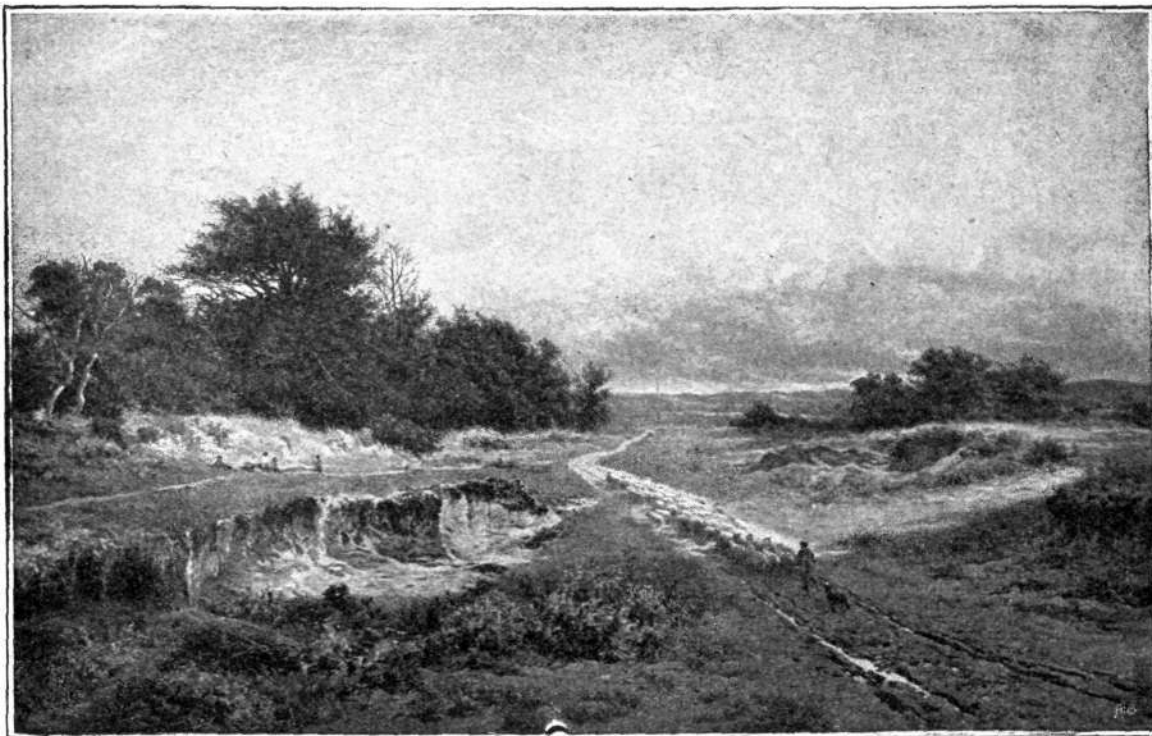
trucción y claro juicio no se puede dudar. En
este mismo libro de que hablo hay cosas que
me hacen estremecer; por ejemplo, lo de que
“los antiguos egipcios y asirios conocieron la
América y establecieron en ella colonias que
continuaron por más ó menos tiempo en comu-
nicación con el país de donde eran oriundos.”
Mas dejando aparte esas singulares aserciones
debe reconocerse que el Sr. Brunet anda muy
en lo cierto cuando afirma que, dejándonos de
todas esas monsergas de escandinavos y chi-
nos, *Colón fué el único y verdadero descubri-
dor de la América*, y de igual manera que
cuando vindica su memoria de los desatinados
ataques del Sr. Aaron Goodrich. Paréceme
también que el autor está en lo firme al seña-

IBOCCATO DI CARDINALE!

Cuando tuve la ventura
de ver tu boca entreabierta,
quedé con la boca abierta
al contemplar tu hermosura.

Y extasiado de alegría
tus rojos labios al ver,
balbuciente de placer
no dije *esta boca es mía*.

Sólo con amor profundo
pude decir por lo bajo:
—Con tu boca *¡boca abajo*
todas las bocas del mundo!



POR EL CAMINO VECINAL (cuadro de Leader)

lar á Cogoreo por lugar del nacimiento del
gran navegante y no menos al declarar que
Cataluña no entró para nada en el descubri-
miento, quedando toda la gloria para Castilla.
Elo es que entre tanto como se ha escrito,
el librito del Sr. Brunet merece colocarse al
par de las mejores obras á que ha dado lugar
la celebración del Centenario.

LOS NATURALISTAS ESPAÑOLES EN AMÉRICA.—
Discurso leído en el “Ateneo y Sociedad de excursio-
nes de Sevilla,” por D. Salvador Calderón.

Es un excelente trabajo que merece ser leído
por cuantos desean conocer la historia de
nuestras glorias científicas.

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA DE MADRID.—
CATÁLOGO DE LOS OBJETOS QUE EXPONE LA JUNTA PRO-
VINCIAL DE PALENCIA.—Palencia, 1892.

Es un catálogo que podría servir de modelo
á los de su clase, por lo bien hecho, detallado
y, lo que es más raro, por lo instructivo y
ameno.

L' AVENÇ.—Número de septiembre de 1892

Tiene mucho que leer el artículo sobre el
Teatro Catalán, por D. A. Cortada, pues es
un trabajo de crítica á que no estábamos muy
acostumbrados por aquí. Muy originales é im-
portantes son también los demás trabajos. Esta
Revista va acentuando de cada vez más su ca-
rácter propio, con principios y tendencias dig-
nas de ser conocidas por los que deseen pene-
trar de verdad en lo íntimo del movimiento
intelectual de Cataluña.

CARLOS MENDOZA

¡Qué boca, madre de Dios!
Al mirarla comprendí
aquello de: *es un rubí*
partido por gala en dos.

Ni de alabarla me canso,
ni me canso de admirarla.
No creas que al elogiarla
hablo por boca de ganso.

Desecha idea tan loca:
si la elogio, por ventura,
es, Luz, porque tu hermosura
corre ya de boca en boca.

Y es opinión general
de los que la han admirado
que tu boca es un *bocado*,
más que humano, celestial.

Al ver tus labios abrirse,
tan purpurinos y bellos,
quisiera dejar en ellos
lo que no puede decirse.

Y temiendo, y con razón,
el dar rienda á mi ansia loca
me doy *un punto en la boca*
para acabar la cuestión.

EDMUNDO DE C. BONET

EL CREADOR DEL JABÓN DEL CONGO VICTOR VAISSIER

proveedor con título de S. M. el Rey de los
Belgas, de S. A. el Rey de Túnez, etc.; acon-
seja á su numerosa clientela á que pida por to-
das partes los **Polvos Congolane** adheren-
tes, invisibles, y el **Extracto del Congo**,
perfume exquisito para el pañuelo.

EL FENOMENISMO

El fenomenismo ó la doctrina antisustancialista es la teoría (ideal como todas, idealismo al revés, sin embargo) que sólo reconoce la existencia relativa de los fenómenos, resolviendo la conocida antinomia propuesta por Kant entre el fenómeno y el nómeno en el sentido de que el último no existe y sólo es conocido el primero.

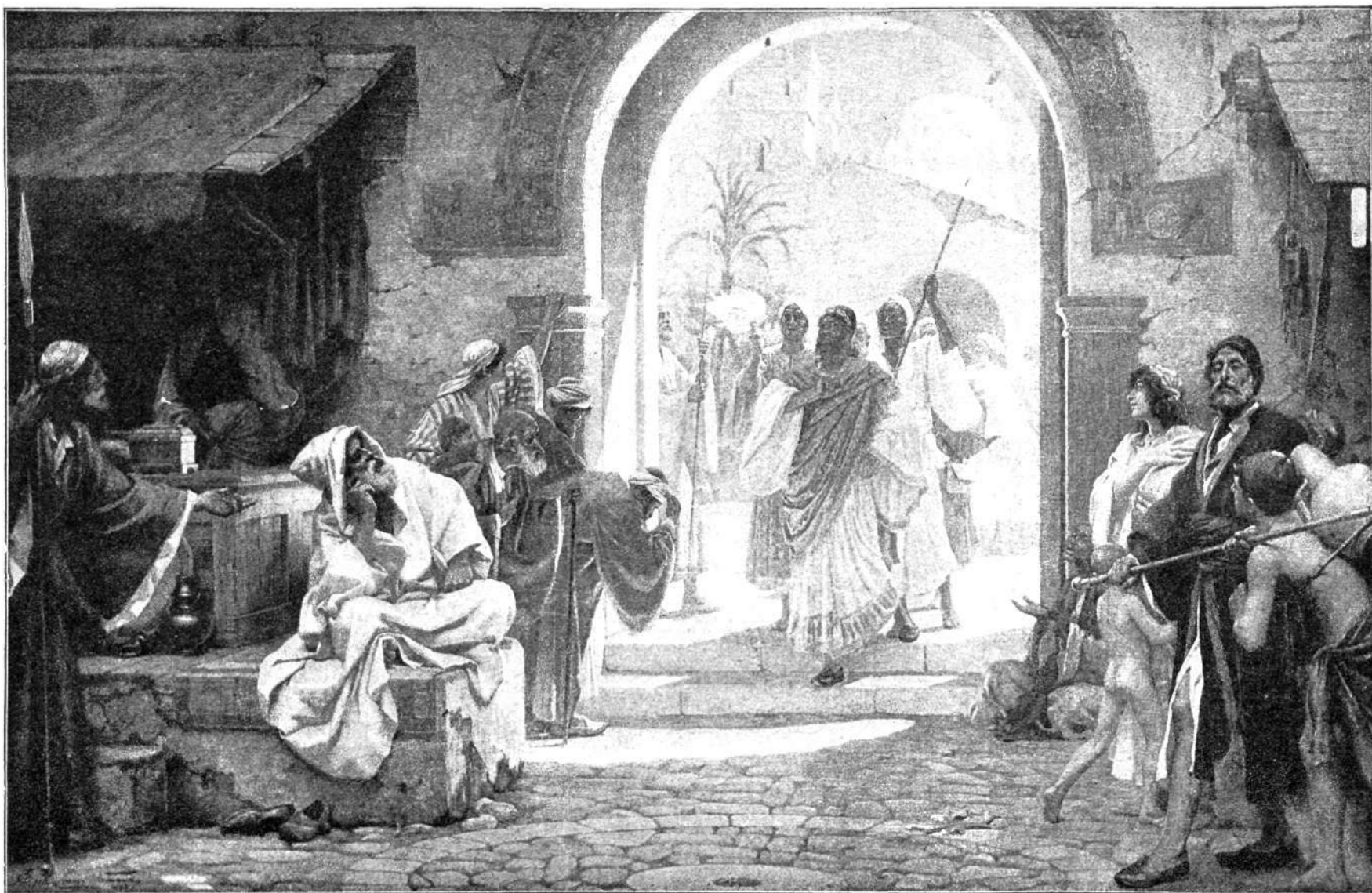
Negación (la del nómeno) y afirmación (la

todas las demás, ya que es inconcebible una sensación constante. A ello se opone, como verdad de hecho, la ley de la sensibilidad, que es el cambio. *Sentire semper eadem et non sentire ad idum recidunt* (1). Verdad para la conciencia *intelectualizada* que requiere diferencias y contrastes, sin los cuales no surge la percepción consciente.

En efecto, como dice Fouillée (2), para remediar la indiferencia sensitiva (especie de equilibrio estable entre las fuerzas de tensión y las vivas) es necesario diferencias intelectuales

la conciencia por su aspecto intelectual, ha comenzado por el fin. No quiere ver la complejidad sino en la serie y prescinde de los términos, que procura conexionar en la serie misma. El sentimiento de la diferencia y de la relación implica el sentimiento antecedente ó simultáneo de los términos (1), porque no es la diferencia la que constituye los términos, sino los términos los que sirven de base al sentimiento de la diferencia.

Se coge de este modo sólo la cáscara (la apariencia) y se arroja la nuez (la realidad).



MARDOQUEO NEGÁNDOSE A REVERENCIAR A AMAN (cuadro de F. Normand)

del fenómeno), ambas de carácter genérico y de alcance universal, no hacen excepción ninguna en las distintas esferas del conocimiento. Aun la conciencia de la propia personalidad (el sujeto consciente), como centro de fuerzas ó principio de individuación, es para el criticismo fenoménico una serie indeterminada de apariencias, que no subsiste por sí. Olvida que, como dice Lotze (1), "la existencia para sí es lo que distingue toda vida espiritual de lo que únicamente es objeto para otra cosa."

Está bien determinado en la historia del pensamiento el génesis de esta doctrina. Aparte las últimas manifestaciones del fenomenismo en las teorías derivadas de la crítica de Renouvier, Pilon y otros (2), Hume, con sus tendencias semiescépticas, fué el primero que precisó esta doctrina de parentesco innegable con el Nominalismo de la antigua Escolástica.

No existe, dice Hume, ninguna idea de este pretendido yo (de la conciencia de la propia personalidad), porque toda idea supone una sensación anterior y es absurdo que una sola sensación (la del yo) sea el soporte y sostén de

tuales más ó menos acentuadas, un sonido que sigue al silencio, el azul sucediendo al verde, etcétera. Pero éste es un desarrollo, en cierto modo final, de la conciencia, una síntesis, pues la diferencia no se percibe sin un cierto principio de unidad. Y aun los *data prima*, como aquello sobre lo cual causa su efecto la aparición del fenómeno, son y deben concebirse como anteriores al fenómeno mismo.

En su origen (*data prima*), el ser vivo goza ó sufre, y para advertirlo ó sentirlo no necesita buscar contraste. Se halla en inmediata relación consigo mismo; tiene la conciencia espontánea, que no es sola y exclusivamente representación, sino que *deviene* (se hace ó convierte) tal de un representado y á representado vuelve, según ha demostrado cumplidamente la doctrina de Schopenhauer (3). Precede á la conciencia intelectualizada, á la que tiene como condición de la percepción consciente el cambio de sensaciones la *implícita* y *sorda*, de que habla Leibniz.

Comenzando la escuela inglesa el estudio de

Un análisis detenido del fenómeno implica el reconocimiento de la existencia (al menos como postulado) de un *substratum* de todas las apariencias fenomenales. Contra el falso intelectualismo (á veces con tendencias materialistas) que resuelve sin más las sensaciones en pensamientos, la sensibilidad general y continua, la *cenestesia*, es la perpetua resonancia de la vida y del organismo. A esta base profunda y monótona (conciencia sorda) se superponen sonidos que forman armonías ó discordancias diversas, y con ellas comienza la inteligencia propiamente dicha. Obligada se halla, por tanto, á reconocer la existencia del *substratum* ó sustancia de los fenómenos que pasan en lo que queda y reside dentro de los términos mismos á que se refiere la percepción de la diferencia. La sustancia *inmanente* en los fenómenos es, más que postulado, supuesto y base del modo de razonar de los antisustancialistas. Cómo y por qué medios se forme ó pueda formar conciencia precisa de esta sustancia será nueva reproducción del problema lógico y ontológico, que la ciencia y la filosofía vie-

(1) Véase *Métaphysique*.

(2) Véase TAINÉ, *L'Intelligence*; GOURD, *Le Phénomène* y DAURIAU, *Croyance et Réalité*.

(3) Véase HUME, *De la Nature humaine*.

(2) *L'Evolutionisme des Idées-forces*.

(3) Véase *Le Monde comme Volonté et comme représentation*.

(1) A ellos y á su conexión se refiere el *lazo*, de que veremos habla St. Mill en el examen del hecho de la percepción fenomenal.

nen examinando de tiempo inmemorial. Pero á su examen y aun á las soluciones que haya de recibir se impone necesariamente la declaración de la existencia de estos *data prima* y se impone como condición previa hasta para formular el problema, tanto por lo que ofrece la observación cuanto por las exigencias del razonamiento. (1)

Toman, por lo mismo de soslayo, sin herir la dificultad principal, el problema los partidarios del fenomenismo, cuando repiten con Condillac "que el yo de cada hombre es la co-

tir ni dejar huella, no cabe conocimiento. *Nulla fluxorum est scientia*. El *substratum* resultará incognoscible, si así lo pretende el criticismo fenoménico, siquiera necesite probarse; pero, incognoscible y todo, el pensamiento tiene que declarar y reconocer su existencia; pues, como ya dijo Littré, no es lo mismo lo inaccesible que lo no existente. Ni de otro lado, del hecho de no conocerlo, es lícito sin más concluir á que no será conocido.

No parece, por tanto, justificado reducir toda

taciones, el antecedente *cronológico* (1) es el fenómeno; se ve sensiblemente este árbol, aquél, el otro, el de más allá, pero no el árbol *sin abstracto* ó la selva. Para percibir *in genere* el árbol y la selva, pasa el pensamiento, en su función unificadora y ordenadora, de la multiplicidad á la unidad, de la representación intuitiva y concreta del fenómeno á la abstracta y general, á la representación de representación, segunda y derivada (como dice Schopenhauer), donde se ofrece lo concreto del fenómeno mismo, aun dentro de sus propios



EL VADO (cuadro de D. Murray)

lección de sensaciones que experimenta y de las que recuerda por medio de la memoria," ó reducen con Taine el yo "á un polípero de imágenes." A tal serie, colección ó sucesión de fenómenos, ha añadido después el Psicologismo inglés la teoría de la asociación, intentando explicar toda la vida mental por una composición acumulada de percepciones (2). Ya es autoridad respetable contra tales pretensiones la de St. Mill (3) que declara que "en el hecho de reconocer una sensación existe un lazo que refiere la conciencia presente á la pasada," y después añade "creo de una manera indudable que *existe algo real* en este lazo, tan real como las sensaciones mismas y que no puede ser producto de las leyes del pensamiento."

Además, en el fenómeno mismo, no fuera de él, en la concreción de sus propios límites (pues es siempre fenómeno de fenómenos), algo persiste como tal á través de sus apariencias, sin cuya condición no sería asequible percibirlo empíricamente. De lo que pasa, sin subsis-

la realidad al fenómeno que pasa ó cuando más á la conexión que entre ellos se establezca. Aunque se pretenda reconocer sólo una trama entre los fenómenos, el elemento idéntico, que subsiste de uno á otro para hacer posible su conexión, queda pretendido en la teoría del fenomenismo. Doctrina, que es sólo una vestidura lógica de la antigua de Heráclito, si ofrece la ventaja de suministrar argumentos valiosos contra el sustancialismo dogmático y trascendente de los idealistas, en su parte afirmativa es deficiente y cae por su base, analizando el fenómeno y la interpretación que da de la serie en que aparecen los fenómenos mismos.

Significa la palabra fenómeno (del griego *φαινόμενον*) cosa que se presenta, que aparece, hecho concreto que cae bajo el alcance del sentido interno ó de los externos. El fenómeno es la multiplicidad de apariencias de los objetos, lo que ofrecen éstos á la atención del pensamiento, el fenómeno de presencia.

Al pensar, procedemos siempre de la multiplicidad á la unidad, y la función ordenadora del pensamiento se traduce en ver lo uno en medio de lo múltiple, en percibir, unificando, la diversidad de los fenómenos. Pero en el hecho del pensamiento y en todas sus manifes-

límites, como un complejo, como un fenómeno de fenómenos, puesto que lo abstracto y genérico, en cuanto se determina, es á su vez un fenómeno y la idea se muestra también como un fenómeno mental.

En efecto, lo abstracto, al menos después de la elaboración del espíritu y como producto de esa elaboración, es un fenómeno, es decir, la representación misma *deviene* representado (fenómeno de presencia.) El que recoge esta presencia, el sujeto que la elabora, haciéndose conscio de ella, como testigo de lo que muestra ó ofrece el objeto, determina en límite efectivo la percepción concreta del fenómeno, lo mismo que la concepción genérica de la idea, educida de él.

Así se observa que se compenetran en la síntesis ó obra *real-ideal* del conocimiento el elemento de interpretación (la idea que el sujeto educa) con el dato concreto (lo real) que ofrece el fenómeno de presencia. Proceso real y positivo, que se opone desde luego al tradicional y absurdo dualismo de los hechos y de

(1) Aunque sutil, es aplicable á este caso la distinción de Lotze entre la *facultas facendi* y la *facultas cognoscendi*.—Véase *Métaphysique*, pág. 40.

(2) Véase nuestra obra *La Asociación como ley general de la Educación*.

(3) Véase *Examen d'Hamilton*.

(1) El cual supone como antecedente lógico ó explicativo el pensamiento mismo y sus leyes y aun el *substratum*, dentro del cual se sostiene el que piensa y se ofrece como presente lo pensado (el fenómeno.)

las ideas y aun á la antinomia kantiana del fenómeno y del nómeno, que encierra el pensamiento en el callejón sin salida de la oposición radical de lo real y de lo ideal, si no se concibe, en medio del fenómeno de presencia y del ser consciente y como nexo entre ambos (pues es la atmósfera que    los dos nutre), la propia unidad, en cuyo supuesto se determinan.

Ni el fenomenismo crítico, contrario    la sustancia, ni el dogmatismo de la sustancia trascendente, que niega lo concreto del fenómeno, identificándolo, *more platónico*, con el no ser, resuelven el problema lógico, menos el ontológico, pues olvidan el propio principio de unidad, que brota y emerge de la relativa (no radical) oposición entre el fenómeno de presencia y el ser consciente. Ambos son t  r-

Psicología con la Cosmología, al determinar la continuidad y el nexo de nuestro organismo con el medio, dentro del cual vive. Son, pues, frases que carecen de exactitud las de que la especulación es "la poesía del ideal", "el reino de las sombras", "el sueño celeste de la vida actual", "palacio de ideas, construido en la región movable de las nubes", etc. La especulación, en el sentido según el cual la concebimos, parte de la realidad y en supuesto de ella camina: es la prolongación lógica de la experiencia. Si la vista es comparada por algunos con un tacto lejano, la especulación    mirada intelectual es una vista á distancia. A través de las vibraciones luminosas, el ojo llega á la visión del objeto;    través de las apariencias fenomenales, la vista espiritual alcanza la vi-

Es preciso formular el problema en otros términos y concebir su relación de manera diferente. Se necesita distinguir la experiencia parcial    incompleta de la total y completa, que sería la conciencia misma del universo. Sólo entonces se concibe la relación de la apariencia    la realidad como la de la parte al todo. Y entonces el mundo de las realidades (n  menos que no niegan, como los de Kant, toda relación con el pensamiento) designa las cosas tales como existen con toda la complejión de sus elementos, de sus atributos y de sus relaciones, sin exceptuar las específicas que tienen con nosotros mismos y con nuestros medios de conocer. Y el mundo de los fenómenos expresa las mismas cosas reales, pero limitadas    aquellos atributos, que pueden percibir nuestros medios de conocer. Es la realidad parcial, mientras que el mundo de las cosas es la realidad total.

Merced al hecho de conciencia, que no es sólo representativo, sensaciones, pensamientos, voliciones, etc., penetramos en la realidad misma, percibiendo y recogiendo los fenómenos; entramos en *la Tebas de cien puertas*, en el mundo de las cosas, del cual formamos parte nosotros mismos. Tal es    debe ser al menos el saber *inmanente*, que se aplica    lo real, verdadero, aunque de modo incompleto, y que aspira como ideal (*Plus ultra*, que es la ley de la inteligencia)    la síntesis universal de la experiencia.

A este fin, el sujeto consciente conexiona los fenómenos entre sí (pues todos son fenómenos de fenómenos) y en lo mismo fenomenal (comenzando por lo interno) halla lo constante y genérico, lo sustancial y permanente, en virtud del principio de *causalidad*, que interpreta el conocimiento sensible y hace de todo pensamiento una obra *real-ideal*. El que especula debe arrojar la sonda al O  cano interior (claro está que en relación con el medio exterior) para percibir la raíz viva de nuestra propia constitución y de la del universo en la síntesis de la Psicología en la Cosmología, base indispensable para renovar el sentido y alcance de conocimiento *metaf  sico*.

U. GONZÁLEZ SERRANO

BORINES

De Asturias en los confines,
al pie de verdes montañas,
está el precioso Borines
entre brezos y espadañas
cual nido de serafines.

Con diadema de castaños
corona su sien florida;
y    su suelo, años tras años,
le dan virgiliana vida
con su idilio los rebaños.

Paisaje más peregrino
no pudo el p  ncel trazar
ni componer con más tino:
Borines, por lo divino,
parece un campestre altar.

Flora de pálidas tintas
prendida entre los boscajes,
labra con hojas distintas
sartas de mágicas pintas
en policromos encajes;
y abriéndolos en la falda
llena de bosque frondoso
con que el monte se enguinalda,
   Borines delicioso
se los cuelga por la espalda.

El encanto singular
de los más bellos jardines
brinda al alma aquel lugar:
  d    admirar    Borines
porque admirarlo es sanar!

La tarde que lo admir  
no la olvida la memoria;
en su estancia penetr  ,
y un momento imagin  
que me hospedaba en la gloria.



CARLOS MERYON, insigne grabador francés

minos relativamente distintos y en función recíprocamente opuesta, pero los dos se sostienen como tales en el supuesto de un *substratum* común y homogéneo el uno al otro, sin el cual ni existieran, ni fuera posible nexo alguno entre ellos.

Se ofrece el fenómeno de presencia en su concreción efectiva (dato), determinado siempre en las formas propias de toda sensibilidad, espacio y tiempo, que no son sólo formas subjetivas, como pensaría Kant, ni ideas que engendren una asociación, según entiende el psicologismo inglés, sino concreciones y datos implícitos en la realidad misma del fenómeno.

De esta suerte, la concreción de fuerza y energía, que es inherente al fenómeno, delimitada y circunscrita en su apariencia, dentro de las formas sensibles (lo espacioso y lo temporal), muestra un elemento constante (lo uno en medio de lo múltiple y no contra ello    sin ello) como indicio para concebir la sustancia, que es inmanente en el fenómeno. A través de sus apariencias *sugiere el fenómeno la idea de la sustancia*. Muchas veces rayos invisibles, cercanos al espectro iluminado, producen reacciones químicas en los cuerpos sensibles    la luz. El efecto visible denuncia la causa latente. Así, en astronomía, las perturbaciones vistas en un astro observable, Urano, han revelado la existencia de un astro desconocido, Neptuno, y permitido    la vez calcular su lugar en el cielo.

Partiendo del dato del fenómeno y tomando como base lo *real* que en el fenómeno inside, la especulación es legítima, en cuanto concierne la experiencia interna con la externa, la

visión de lo real, que ocultan aquellas apariencias. *Por el hilo se saca el ovillo*, dice la sana razón; por las perturbaciones de Urano se llega al conocimiento de Neptuno.

Mientras el perro ladra ante un espejo, dando por incontrovertible que su propia imagen es otro perro, y el niño mira por detrás del espejo    en su inquieta curiosidad quiere romperlo, dudando ya de la realidad de la imagen, el hombre reflexivo se explica la reproducción de las imágenes por las condiciones especiales que reune el espejo para reflejar los cuerpos luminosos. Así, la especulación halla (y cuando no, lo presente)    través de la apariencia fenomenal comienzo de principio explicativo en lo que percibe (en lo inmanente.)

Sin la conexión de lo aparente con lo real en la complejidad del fenómeno, no tiene solución posible el problema del valor de nuestros conocimientos. "La objección de los kantianos,—dice Fouillée (1),—descansa en una definición paradójica de la realidad, que coloca *   priori* fuera de todo pensamiento. Suponen dos mundos separados el uno del otro: fenómenos y cosas en sí, apariencias sin realidad y realidades sin apariencias."

Resultan, con semejante fórmula, los términos inconmensurables y la relación no puede establecerse, ni aun dando "en el vacío el gran salto de las abstracciones;" porque no cabe nexo alguno de una apariencia empírica    fenomenica con una cosa en sí (nómeno), que se comienza por declarar absolutamente fuera de toda experiencia posible.

(1) Véase *L'Avenir de la Métaphysique*.

Cayendo del manantial
que le da gracia y virtud,
cantaba el fresco raudal
la canción de la salud
en el vaso de cristal.

Por la vena misteriosa
que rasgó con ancha herida
Naturaleza piadosa,
daba su sangre preciosa
en trasfusiones de vida.

Con generosa grandeza
daba su don soberano
á la mundana flaqueza,
¡que hace la Naturaleza
lo que no hace el pecho humano!

Sus claras gotas probé
con fe piadosa y sencilla,
y cuando el vaso elevé,
por sus tallados miré
la virgen de la capilla.

Ella con tierno cuidado
vela los males ajenos,
y desde el trono adorado
los dulces ojos serenos
baña en el curso sagrado.

Sus plegarias hace oír
quien le rece, de bien falto;
que al cielo donde han de ir,
tardan menos en subir
porque está el monte muy alto.

Allí el enfermo doliente
cobra la paz venturosa
al beber tranquilamente
la cristalina corriente
del agua maravillosa.

A las largas galerías
llenas de ambiente y de luz,
llegan de las lejanías
buscando fe y alegrías
cada enfermo con su cruz;
y al refrescar, afligidos,
en el agua sus ardores,
sienten, de gozo rendidos,
que en sus hombros doloridos
la cruz se vuelve de flores.

Allí el cuerpo macilento
halla la fuerza perdida
en el campestre aislamiento
y en los gérmenes de vida
de los efluvios del viento.

Mesa limpia y regalada
que mantiene la riqueza
de cien manjares colmada,
restituyen la cansada
y endeble naturaleza;

que en admirable concierto,
cual si de Dios fuese hechura,
ofrece Borines cierto
al alma tranquilo puerto
y vigor á su envoltura.

¡Lugar de eterna fragancia,
casa de santa alegría—
que levantaste tu estancia
del amor y la constancia
con la enlazada armonía!

Para erigir tu hermosura
te dió la ciencia saber,
puso el alma su ternura,
la riqueza su poder
y el campo su galanura.

Los pueblos vayan á verte
como yo á mirarte fui
ganoso de conocerte,
que quiso Dios al hacerte
poner mil gracias en ti.

Y á quien trocó tu mansión
en paraíso de España
y arrancó al monte su don,
¡Dios le otorgó un corazón
más grande que la montaña!

SALVADOR RUEDA

LOS RETRATADOS

Hay quien es capaz de todo género de sacrificios con tal de salir retratado en los periódicos.

Antes sólo se publicaban los retratos de las personas importantes; pero hoy todo el mundo se cree con derecho á que le copien la faz y se la presenten al público.

A cada paso vemos caras de perro pachón, intercaladas en el texto de *La Ilustración Española y Americana*, que quiere ser uno de los primeros periódicos ilustrados del orbe; y no podemos menos de preguntar con profunda extrañeza:

—¿Quién será este bruto?

Buscamos entonces la "Explicación de los grabados" y resulta que el tal sujeto es un vecino de la calle de la Pingarrona, á quien le han dado la cruz de Carlos III por su adhesión al alcalde, ó bien porque ha escrito un opúscu-

—¿Quiere V. 80 duros y no tenemos más que hablar?

—No puedo hacer ninguna rebaja. Aun ayer le cobramos 100 duros á un senador por derecho propio, y eso que nos trajo escrita la biografía por su propia mano. A V. le tratamos con más equidad, porque no tiene ninguna banda.

—Efectivamente: no se me ha ocurrido retratarme con banda; pero pueden Vds. ponerla.

—¿Posee V. alguna gran cruz?

—No, señor; pero es lo mismo. ¡Como nadie va á venir á pedirme el diploma!

Tras una ligera discusión sobre el precio, queda arreglado el asunto, y nuestro hombre



PAISAJE DE ARRÁN (cuadro de Mac Whirter)

lo sobre la manera de conservar el calzado ó sobre la influencia del queso en la sociedad española.

Hoy todo el que posee bienes raíces y consigue arrastrar coche, lo primero que hace es dirigirse á un periódico ilustrado y decir con la mayor naturalidad del mundo:

—Vengo á que me saquen Vds. en el periódico, cueste lo que cueste.

—¿Qué es V.?—le pregunta el encargado de los rostros.

—Yo soy casero.

—¿Nada más?

—Y accionista del Banco de Guanabacoa.

—Perfectamente. ¿Ha escrito V. algo?

—Sí, señor: casi todos los meses tengo que escribir á los inquilinos morosos, reclamándoles el pago de los alquileres.

—Muy bien. Tráigame V. su fotografía y los apuntes biográficos.

—Aquí viene todo; pero quisiera que me arreglaran Vds. un poco la nariz, porque la tengo algo torcida.

—Sí: ya procuraremos corregir ese pequeño defecto.

—La tengo así de una trompada que me dió un negro en Guanabacoa, por equivocación; pero como el retrato ha de verlo todo el mundo, no quiero que se alarme un tío que tengo en el Paraguay. ¿Cuánto es todo?

—Ahora se lo diré. Dibujo, 10; grabado, 20; elogios personales, 32; ídem morales, 35. Total: 97 duros.

—¿No rebaja V. nada?

—Es precio fijo.

aparece á los pocos días en las columnas del periódico, en clase de hombre superior, con la nariz reformada y las arrugas suprimidas, y aun así dicen los suscritores:

—¿Quién será este mamarracho con cara de sereno?

Hay quien manifiesta ostensiblemente su deseo de que le retraten y hay quien realiza en la sombra sus gestiones, y al verse después reproducido finge sorpresa delante de sus cono-

cimientos y exclama con aire displicente:

—¡Hombre! ¡Mi retrato! No sabía nada.

A esta clase pertenece cierto amigo mío, poeta él, y tonto él, que finge desdeñar las glorias mundanas y se pasa la existencia admirándose á sí mismo.

Paseábamos juntos una tarde por la Puerta del Sol, y él, que busca siempre la manera de hablar de sí mismo, me refería el grande empeño que manifestaban las empresas teatrales por obtener una obra suya.

—Pues sí, chico,—decía con aire de superioridad.—Mario me acosa incesantemente pidiéndome una comedia; Vico quiere que le escriba un drama; Calvo no me deja en paz solicitando una loa...

—Y tú ¿qué vas á hacer?

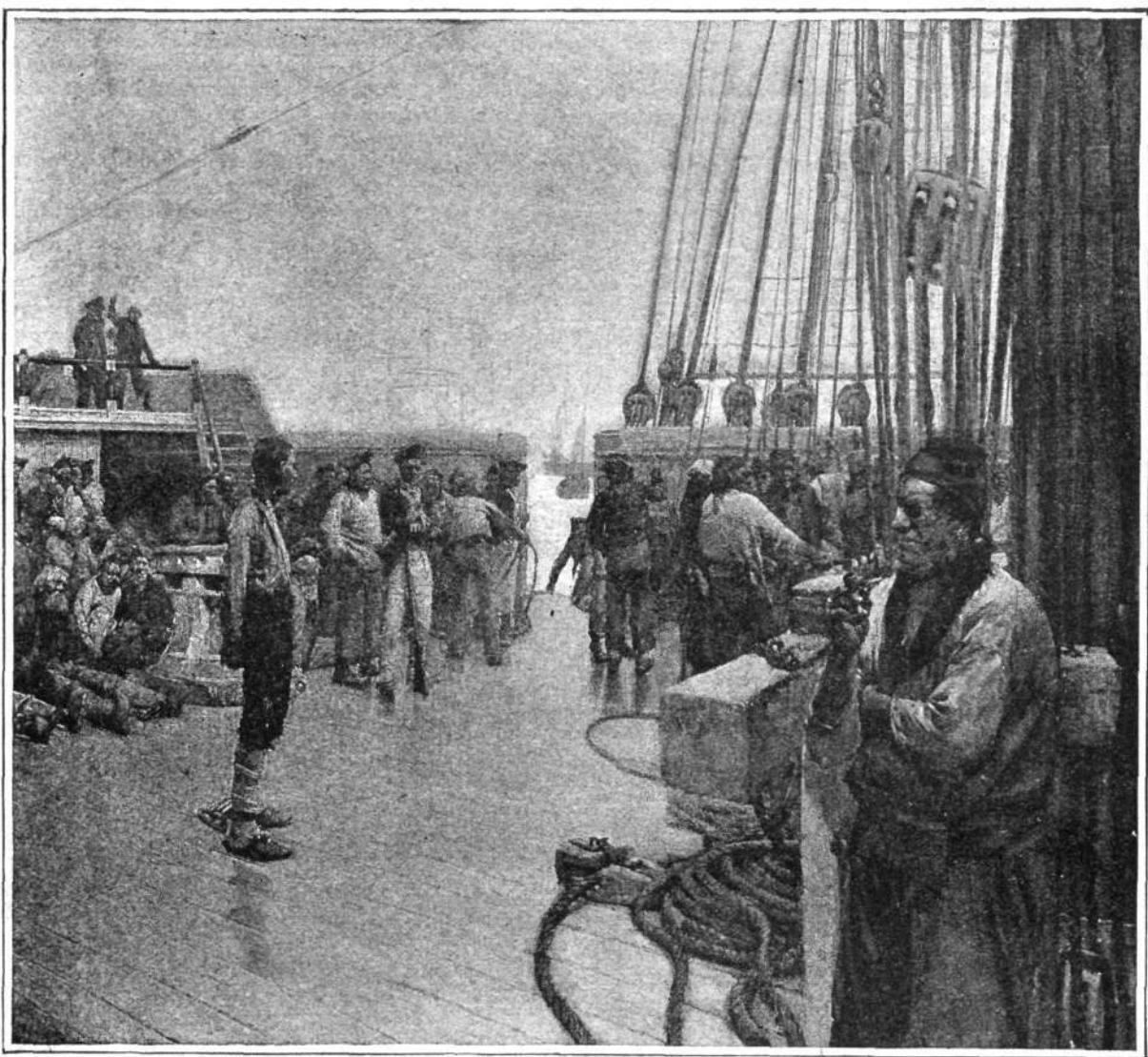
—Ya les he dicho terminantemente que no quiero escribir.

—¡Hombre! ¡No les des ese disgusto!

—Nada, nada: no escribo.

Y al hablar así, mi hombre se detenía delante de los escaparates de los cafés donde venden periódicos ilustrados.

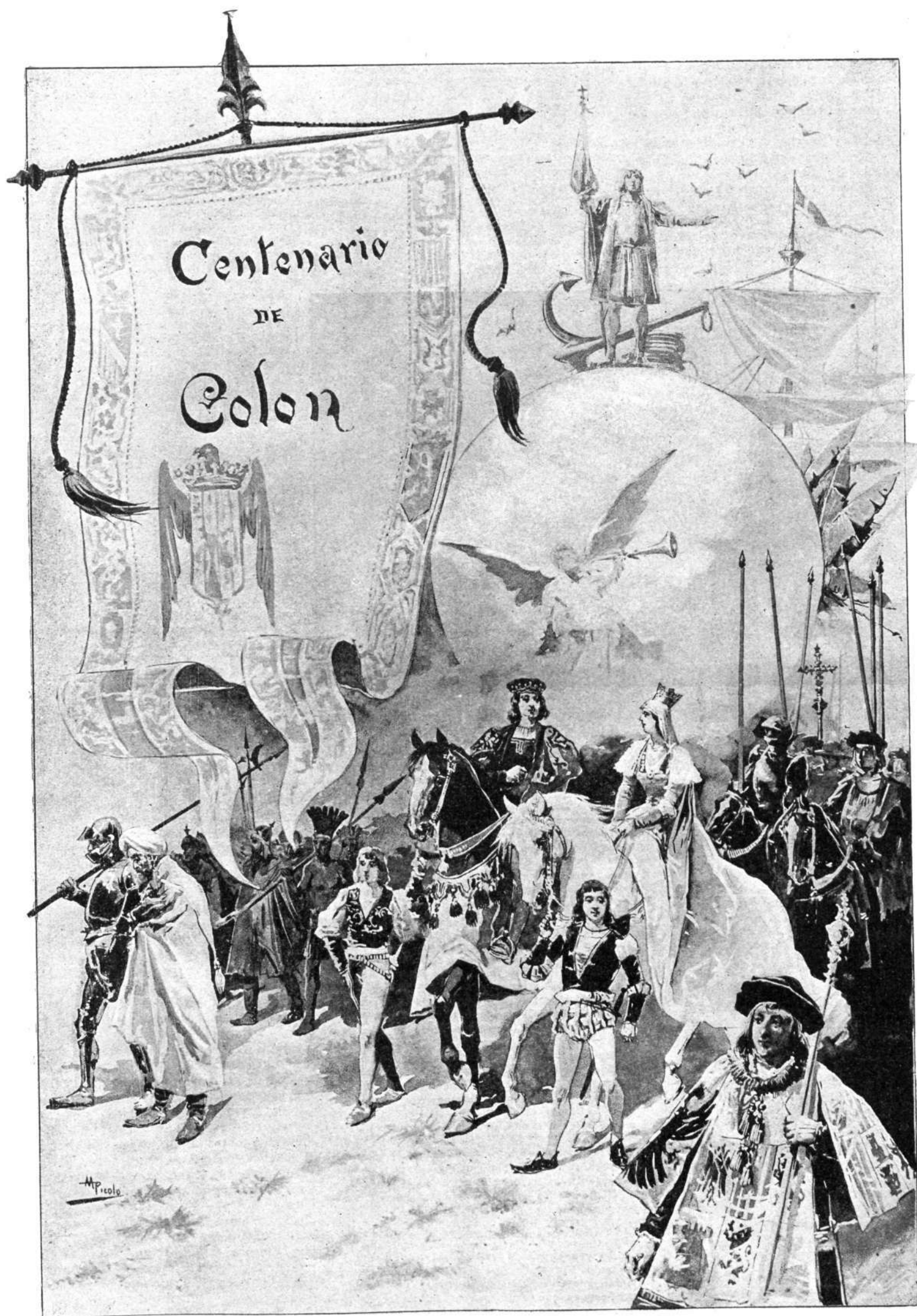
—¿Qué buscas?—hube de preguntarle.



EL BUQUE DE LOS CONFINADOS (cuadro de Brangwyn)



—¡EL TAMBOR DEL REY NO SERÁ TOCADO NUNCA POR LOS REBELDES! (cuadro de Joy)



MADRID: CABALGATA HISTÓRICA (dibujo de Picolo)



—Nada,—me contestó con indiferencia. Y volvimos á emprender nuestro paseo.

Algunos minutos después se detenía nuevamente ante el escaparate del café de las Columnas, exclamando con cierta contrariedad mezclada de extrañeza:

—¡Vaya! Ya han publicado mi retrato en ese periodicucho.—Y me mostró un número del *Madrid Cómic*, donde, efectivamente, aparecía la *vera efigies de mi poeta*.

—¿No sabías nada?—le dije.

—Nada. Es la primera noticia que tengo,—me contestó.

—Compra un ejemplar.

—¿Para qué? A mí estas cosas me molestan mucho. ¿Qué necesidad tiene nadie de saber

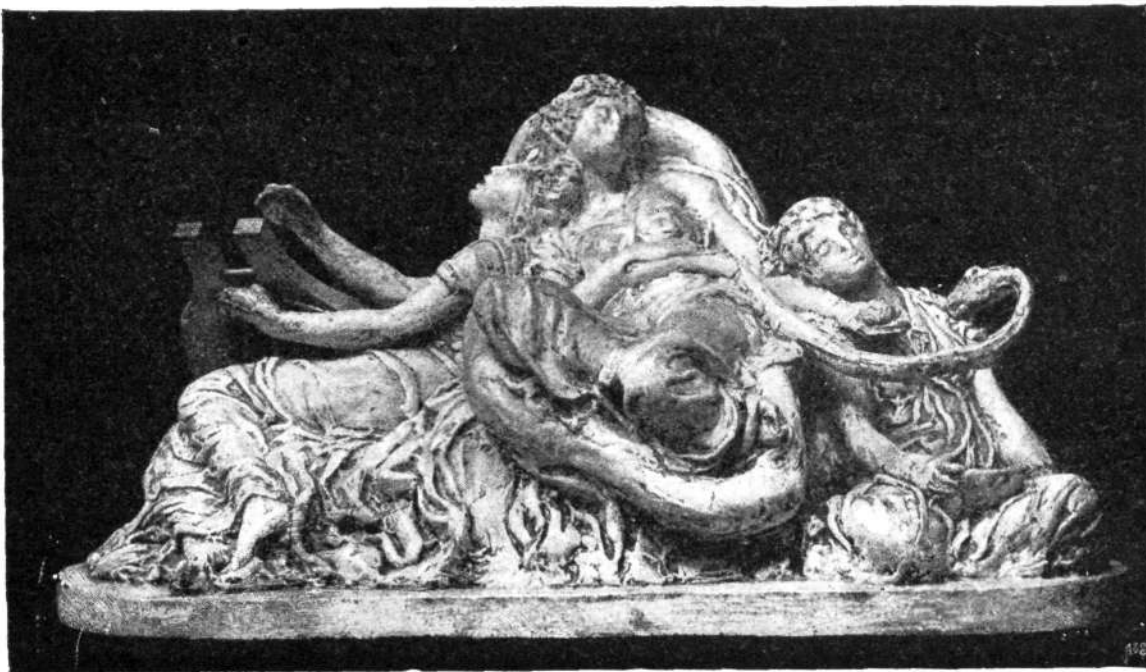
para ir derramando flores en cada piedra que pisas.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

NUESTROS GRABADOS

BRILLAS ARTES

¡Fatal noticia!—Compréndese fácilmente la escena representada por el artista: un pícaro viejo, enemigo mortal de la feliz pareja, experimenta diabólico placer en ir á comunicarles á los jóvenes esposos una noticia que les sume en la mayor aflicción, después de lo cual se retira lanzándoles una mirada de odio, como si hubiese quedado satisfecha su venganza. El autor, Percy Tarrant, ha sabido pintar un matrimonio muy simpático.



ESTUDIO-MODELO PARA «EL JARDÍN DE LAS HESPERIDES», por sir F. Leighton

cómo tergo la cara? Puedo asegurarte que, á no ser por esta casualidad, hubiera ignorado toda mi vida que mi retrato figuraba al frente de semejante periódico.

Al hablar así, metió la mano en el bolsillo del gabán para sacar el pañuelo, y extrajo, sin querer, un número del *Madrid Cómic*.

El mismo, precisamente, donde aparecía su retrato.

Después supe que había estado dos meses y medio persiguiendo al director para que diese á luz su bella imagen, y que él mismo se había hecho los versitos del pie, llamándose poeta inspirado y notabilidad europea.

LUIS TABOADA

PERCHELERAS

I

Noches de dulces amores,
azules, tibias y blancas:
¡ya está el alma sin cariño!
¡ya no os comprende mi alma!

II

Un altar estoy haciendo
dentro de la Catedral:
¡como te vengas conmigo
te coloco en el altar!

III

No hay rey grande ni pequeño
que me quite esta corona;
corona que me hace dueño
de tu amor y tu persona.

IV

Quisera saber las calles
por donde pasas, chiquilla,

El pintor Normand se ha inspirado en un episodio del libro de *Esther*, demostrando mucho sentimiento del Oriente.

Sir F. Leighton, cuya fama como autor de pinturas decorativas es universal, ha demostrado una vez más su comprensión del antiguo en los estudios que acompañamos. *El Jardín de las Hespérides* es, á no dudar, una de las más espléndidas y hermosas obras de armoniosa decoración ejecutadas por el artista, que ha hecho gala en ella de su rica y suave paleta, su encantadora invención y su dominio de la composición y la línea, con el pleno sentido de la lúcida belleza de color. Representa el grupo las tres Hespérides (Aglæ, Aretusa y Hesperia), que, auxiliadas por el dragón, guardan con una especie de sensual languidez las manzanas de oro codiciadas por Hércules. Las figuras de *En la fuente* y *La Bacante* se distinguen por su gracia y refinamiento.

Los paisajes de Mac Whirter y de Leader están impregnados de honda melancolía, nacida de su misma naturaleza, interpretada con tanta habilidad como buen gusto.

El buque de los confinados, de Brangwyn, es una obra de original asunto; trátase del barco en que van á ser transportados á Ultramar los sentenciados á dicha pena. No se ve en ese cuadro ninguna tendencia á la predicación, sino á la representación fría de un hecho, bastante conmovedor de por sí para que sea necesario ponerle comentarios.

—¡El tambor del rey no será tocado nunca por los rebeldes! (1798). Cuadro de Joy.—Es un episodio de la campaña de los anglo-rusos contra los franceses en Holanda. Como se ve, el tamborcito se sabía explicar como un tambor mayor, y aun como un general en jefe.

CARLOS MERYON, GRABADOR FRANCÉS

Fué Meryon el más insigne grabador á la punta seca que ha tenido Francia en los modernos tiempos, lo cual no impidió que le pasase lo mismo que á otros eminentes artistas, esto es, que se muriese casi de hambre. No llegó á tanto, sin embargo, porque tuvieron que encerrarlo en un manicomio.

LOS FESTEJOS DE MADRID: LA CABALGATA HISTÓRICA

Dibujo de Pícolo

Celebróse con gran lucimiento la cabalgata organizada por los señores Burgos y Bussato, habiendo merecido ge-

neral aprobación el buen gusto que presidió en todos los detalles. Nuestro grabado representa el grupo de los reyes Católicos, seguidos de su brillante corte, que fué, por decirlo así, lo culminante de la hermosa procesión.

NOTAS ARTÍSTICAS

Las obras pictóricas incluidas bajo este epígrafe figuran, desde hace algún tiempo, en la Galería Nacional de Londres.

La Virgen y el Niño es original de Bernardino Fungai, uno de los maestros más estimados de la escuela sienesa. Fabricio, autor de la *Adoración*, se cuenta entre los discípulos de Rembrandt. El *Ecce Homo* lleva la firma de Giovannantonio Bazzi, más conocido con el feo apodo de *El Sodoma*. De Salomón Ruysdael y de Wouwermans no hay nada que decir, por ser harto conocidos como ilustres genios de la pintura holandesa.

Los *Leones*, de Landseer, sirvieron de modelo para ejecutar las esculturas que figuran en la plaza de Trafalgar. Sabido es que dicho pintor figura en primera línea entre los *animaliers* de Inglaterra.

La Inauguración del canal de Manchester es un cuadro pintado por Ford Madox Brown con destino á las Casas Consistoriales de la mentada ciudad. El dibujo es como si se tratara de un fresco; pero el cuadro está pintado al óleo. La escena representa, como ya se ha dicho, la ceremonia de inaugurar el canal, lo cual tuvo efecto en 1761.

El retablo de la catedral de Salford es una hermosa obra en barro cocido, resultando ser una nueva aplicación de decoración cerámica. El barro lleva un barniz de un color verde agrisado. Tiene 11 pies de ancho por 8 de alto.

El retrato de Rousseau, pintado por su amigo Allan Ramsay, figura en la galería de Edimburgo.

La *Copa de oro*, de Enrique VI, es propiedad de los señores Wertheimer, que piden por ella al gobierno inglés 8,000 libras esterlinas. Esta copa era propiedad de un compatriota nuestro que la vendió hace pocos años en París al barón Pichon. La historia es como sigue: la copa parece haber sido fabricada para Carlos V, rey de Francia. De éste pasó á poder de Enrique V de Inglaterra, habiéndola incluido Enrique VI en el inventario del *Sagrado Tesoro de Inglaterra*. Al advenimiento de Jacobo I de Inglaterra (VI de Escocia) al trono de Isabel, dicho rey regaló la copa á nuestro embajador Velasco, en memoria de la paz concluida entre el expresado hijo de María Estuardo y nuestro Felipe II, después de la destrucción de la *Invencible*. Es un precioso ejemplar de orfebrería de la edad media, esmaltado, con numerosas escenas de la vida de Santa Inés.

EL HILO DE LA GOLONDRINA

(A MI BUEN AMIGO D. EUGENIO B. DE MINGO, DIRECTOR DE LOS "JARDINES DE LA INFANCIA", CON OCASIÓN DEL CONGRESO PEDAGÓGICO.)

—¡A perro chico! ¡A perro chico! ¿Quién quiere un pájaro!

Y para ofrecer la muestra con el anuncio, el vendedor ambulante de golondrinas empujó á una de ellas con el pie. El desdichado animal extendió las alas y las agitó desesperadamente, tratando de huir en todas direcciones. Pero sus esfuerzos resultaban inútiles. El hilo que por un extremo tenía atado á una de sus patitas y que el vendedor sujetaba por el otro, tiraba de ella, tiraba con fuerzas superiores á las de la desventurada golondrina, que, rendida y jadeante, cayó sobre la jaula con las alas medio desplegadas, abriendo el agudo pico negro al compás agitado de su blanca pechuga.

—¡Gran diversión para los niños!—continuaba voceando el vendedor.—¡A perro chico! ¡A perro chico!

En torno suyo se agrupaban un barquillero pelirrojo con la caja cilíndrica en que guardaba su mercancía; un colillero, de una de cuyas muñecas colgaba un negruzco saquito, y otros chicuelos que con mirada codiciosa seguían los angustiosos aleteos del desdichado pájaro, pensando, sin duda: —¡Quién tuviera un perro chico!

Dirigí una mirada á la jaula de cañas chata y sucia en que se movían otras muchas golondrinas tropezando con la cabeza en el techo de su prisión, y separándome del grupo seguí adelante por el salón del Prado.

La tarde era hermosísima. El sol, antes de ocultarse, hacía á los árboles sus últimas caricias tiñendo sus hojas de tonos amarillentos.

De las sillas alineadas en el centro del paseo veíase alguna que otra, ocupada por algún



ESTUDIO PARA «EN LA FUENTE», por sir F. Leighton

padrazo ó alguna interesantísima mamá; en los bancos de piedra no pocas niñeras, y en pintorescos grupos una infinidad de niños, rubios unos, morenos otros, jugando y corriendo con la alegría reflejada en el semblante.

Algunos tenían su golondrina atada por el hilo y la hacían volar sin darle siquiera un momento de reposo. ¡Pobre animal!

Y todos aquellos niños mostraban por el juego la misma ansiedad, el mismo afán que por volar mostraban sus aladas prisioneras.

Habían pasado tal vez seis ú ocho horas, inmóviles, sujetos al banco de una escuela, y era de ver cómo aprovechaban aquel rato de asueto, cómo obedecían al mandato de la Naturaleza, que dice —¡Juega al niño!,— como le dice —¡Vuela!— al pájaro.

Llevábame aquel espectáculo á pensar que marchamos con una lentitud penosa por el camino del progreso, con una lentitud desesperante, cuando se pone la vista en las ideas hace tanto tiempo predicadas y que, como la gota de agua, parece que nunca acaban de taladrar la roca. Pero la ley del progreso se cumple siempre, aunque al interpretarla suela el hombre incurrir en lamentables extravíos.

Así, ante la sed de saber del niño, que es una pregunta viviente, le encierra en la escuela histórica ó le abandona á su instinto. Su incesante preguntar no halla jamás respuesta. Aquellas inteligencias que quieren volar las ata con el hilo de hierro de la rutina ó las condena á la cadena de plomo del abandono.

Así se cansan y fatigan las alas de esas imaginaciones que ambicionaban luz y ambiente, y que caerán rendidas sobre un montón de libritos llenos de preguntas y respuestas que han de ser forzosamente aprendidas de memoria, porque ni ellos han sentido la necesidad de formular las unas ni pueden, en la mayor parte de los casos, entender las otras.

Van allí á sentir, no satisfechas, sino contrariadas sus aspiraciones. Y cuando una secreta intuición les diga: —¡Moveos y agitaos para robustecer vuestros brazos y vuestras piernas! ¡Cantad para desarrollar ese órgano maravilloso que lleváis en vuestro pecho! ¡Haced con el papel pajaritas, barcos, cunas y otros mil ob-

jetos para satisfacer el escozor de inventiva que sentís! ¡Dibujad una casa ó un árbol en vez de esos enojosos palotes!,— entonces el maestro tradicional encargado de *tirar del hilo* gritará con voz imperiosa:

—¡Silencio! ¡Quietud! ¡Orden!

Y ante esta enérgica intimidación cesa con el alboroto el alboroto, y la fuerza material del hilo impone ese orden artificial por artificial insostenible. ¡Pobres muchachos! ¡Vuestra espontaneidad es incompatible con el género de trabajos que vais á realizar allí! ¡El *épltome* os espera!

El libro que está cerrado para vosotros es el libro grande, el libro de la Naturaleza y de la vida, el que ha producido esos libros que leemos con admiración profunda y de los cuales se han sacado esos otros libritos que os enojan y enfadan; el que dice que enseñar no es contrariar, sino dirigir, el que revela constantemente que aprender no es repetir lo que vieron y hallaron otros, sino mirar y buscar cada uno por sí, auxiliados por el trabajo de los que investigaron antes para encontrar las eternas verdades en la purísima fuente de donde brotan para todos; el que fielmente interpretado os haría por vosotros mismos fuertes, buenos y sabios.

¡Ah! Si el maestro os hubiera hecho levantar los ojos al cielo por donde esas golondrinas cruzan y os hubiera dado una explicación de geografía hablándoos, mientras las mirabais, de sus viajes y os hubiera hecho leer una página de moral en su ternura para con los pequeñuelos que asoman las cabezas por el borde del nido y os hubiera dado

una noción de historia sagrada explicándoos allí, delante de ellas, por qué se consideraban con respeto esos pajarillos de quienes dice la leyenda que arrancaron las espinas de la frente de aquel Jesús que murió firmando su doctrina no con su sangre, sino con algo aun más hermoso, con su «¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!» si esto hubiera hecho el maestro, ¡con cuánto gusto os hubierais entregado al estudio! Entonces, horrorizados de vuestra propia crueldad, desataríais este hilo funesto, y al ver á vuestras torturadas prisioneras cruzar de nuevo el aire en raudos giros contentas y alegres, cuando volvierais á vuestra casa encontraríais más dulce el beso de vuestra madre, más poblado y más vivo el horizonte y más penetrante y más grato el calor de vuestro hogar en las noches de invierno, porque ese pajarillo, en vez de una víctima de vuestra ignorancia, sería una estrella en el Oriente de vuestro saber de niños que os habría guiado á Bethlehem, donde un niño como vosotros nació para despertar vuestras almas á la vida del amor.

Pero nada de eso os ha ocurrido. Y si por vuestra desventura las condiciones *personales* del mismo, las circunstancias que concurren á formaros y el vigor de vuestras propias virtudes no contrarrestan los vicios originados por esa funesta rutina, la ciencia será para vosotros una serie de afirmaciones que hay que saber de memoria, su recompensa un título oficial en que cifrar lucrativas esperanzas y la moral una colección de máximas austeras sin aplicación real en la vida.

¡Y pensar que á pesar de todos sus peligros es eso lo que hemos de deseáros! ¡Pensar que mientras

hombres y gobiernos no escuchen la voz de Fröchel y de los hombres ilustres que cada día exponen, desarrollan y completan su pensamiento, es eso lo mejor que con vosotros puede hacerse, pobres niños!

¡Pensar que si no os llevan á la destartada escuela de vuestros abuelos para que aprendáis á mortificar vuestras aspiraciones más santas, á que se malogren con el fastidio que engendra un deseo noble ahogado de continuo, lo que os espera es mil veces peor!

¡Pensar que si no caen esas inteligencias fatigadas por un continuo ejercicio para que se dissequen entre esos libritos que odiáis cordialmente, el hilo de la fatalidad os arrastrará á un abismo sin fondo!

¡Pobres niños! ¡Pobres golondrinas!

Me voy del Prado. El espectáculo de vuestra alegría del momento me hace daño porque me lleva á pensar en lo que vosotros tenéis la dicha de olvidar por algunos minutos.

Pero no consigo borrar la impresión recibida, y ya de noche en casa, con estas blancas cuartillas delante, he sentido la necesidad de dedicaros algunas líneas.

¡Pobres golondrinas! ¡Pobres niños!

F. DEGETAU Y GONZÁLEZ

DESDE LA AZOTEA

«¡Señor! No desvíes nuestros corazones después de habernos convertido, y concédenos tu excelsa misericordia, puesto que tú eres el Generoso.»

(Versículo del Corán.—Mahoma.)

La luna iluminaba las copas de los árboles en la cumbre de los frondosos montes que hacia la derecha se elevaban sobre la callada población, y los negros y añosos troncos, interceptando sus rayos, muy bajos aún, formaban delicioso y especial crepúsculo, inimitable al pincel del inspirado artista que hubiese querido pintar los indefinibles tonos de aquella preciosísima luz argente y bella; el mismo astro nocturno, hermoso y brillante, esparcía su



ESTUDIO PARA LA «BACANTE», por sir F. Leighton

luz sobre la ciudad musulmíca, á la manera y modo que un limpio espejo refleja la claridad que toma de potente foco; el agua que corría en la cercana fuente, pura y cristalina, se asemejaba á un chorro interminable de mercurio, retorciéndose sobre sí mismo y cayendo mansamente en el pilón para producir ese armonioso sonido que tanto deleita y agrada, comparable sólo al que deja sentir otra fuente; el viento era suave y tranquilo, moviendo apenas las débiles ramillas de los endeble arbutos, que se mecían en la dulce calma de la apacible noche; á intervalos, la obscuridad era algo más densa, porque entre el regio astro que se pintaba en la azulada bóveda, salpicada de fulgentes estrellitas cual brillantes esparcidos en un hermoso terciopelo celeste, y la tierra, que recibía la luz de nuestro satélite, se interponía una nube que el viento mecía y dominaba á su capricho, y cuando reaparecía la ansiada claridad volvían las laberínticas calles á participar de ella en su mitad, cuyo frente se oscurecía con la sombra de las fuliginosas paredes. Silencio sepulcral dominaba. Vivencia era de ánimas ó espíritus mudos que vagaban por el espacio en confuso torbellino, sin rumbo ni marcha fija, que unos subían, otros bajaban, otros huían de mis ojos y todos formaban una especie de tupida red de etéreos globulillos de un color imaginario, que tan claramente veía, y cuando quería fijarme en ellos con los ojos, muy abiertos, atentos y fijos al



Ecce Homo (cuadro de Juan Antonio Bazzi)

objeto buscado, iban ensanchándose, y las débiles y finísimas gasas de que parecían estar formados, se rompían y subdividían instantáneamente en otros glóbulos esferoidales que volvían á multiplicarse en tantos millones que mi imaginación se perdía en la locura de las fabulosas cantidades que tan aprisa amontonaba. Volvía la cabeza á lado contrario, y mirando al rayo de luz-plata que cruzaba el espacio volvían á reaparecer las mismas esferillas, renovábanse innúmeramente, se dilataban, se reproducían por el arte enigmático de la asustadiza magia y me hacían cerrar los ojos, inconscientemente aturridos; pero, ¡oh desgracia!, la retina me hacía una instantánea y feliz fotografía del maremágnum que yo no quería ver, y durante brevísimos instantes retenían mis ojos el retrato de aquel rayo de luz, de aquellas confusiones y de aquellas diminutas y especiales esferitas.

Era la hora en que lo avanzado de la noche hace que todo guarde silencio y palidezca, pareciendo salir el mutismo del fondo del respetuoso santuario; en que el alma, como las ilusiones del sueño, difunde su penumbra imaginaria, crepúsculo vago y flotante de sus extrañas impresiones; en que el pensamiento se sintetiza, se reconcentra y se repliega en una sola idea originada en sí mismo, se enlaza en

NOTAS ARTÍSTICAS



La Virgen y el Niño rodeados de querubines
(Cuadro de Bernardino Fungai)

intima dulce plática con el espíritu, y semejante al perfume que exhala el inocente lirio que procura elevarse á altísimas regiones, quiere cantar, ó amar, ó rezar, ó soñar, ó alabar la admirable, sublime sabiduría del autor de la inexplicable naturaleza, tan llena de grandeza y sellada con el genial nombre de Dios, el sapientísimo infinito.

Trasportemos ahora nuestra imaginación desde la azotea á la mezquita grande. Subamos idealmente los peldaños de la escalera de la torre y descansenos en el minarete. El grande arenero que hay en la alcoba del almuédano ha dado paso, por el estrecho tubito que le separa del depósito inferior, á la fina arena que contenía la ampolla alta, é indica la hora del anuncio de una oración á los fieles adoradores de las doctrinas de Mahoma. El almuédano da un bostezo invocando el nombre de Dios, se incorpora, cálzase las anchas babuchas y sale á lo más alto del minarete, ocupando la parte del cuadrado corredor que mira á Levante.

El almuédano es el signo característico que se destaca en toda población en que impere el islamismo. El es el que ocupa una de las mejores posiciones de la sociedad y la más elevada del pueblo. *Cura párroco*, sacerdote de la iglesia, sacristán mayor, y si seguimos descendiendo podemos llamarle acólito, es el

cargo que desempeña en una mezquita. Consecrado toda su vida á la iglesia, se la pasa toda llamando á la oración, rezando, y raro es el que no tiene un callo en la frente, un hermoso callo, á causa de las muchas abluciones que lleva á cabo. El almuédano llama á los fieles al templo, anunciando la oración que ha de rezarse minutos antes del tiempo que marca la religión. Siempre empieza invocando las siguientes palabras del profeta: "No hay más que un solo Dios, y nuestro señor Mahoma es su profeta." A continuación declara el rezo á que pertenece el llamamiento, y luego invoca á Dios por medio de algunos versículos del Corán. Esto lo hace á grandes gritos, de donde se deduce que para el ejercicio de este importante cargo se necesita poseer una voz llena y extensa, y desde lo alto del minarete dirige su palabra al pueblo, con los brazos abiertos y en una actitud orgullosa á la par que suplicante.

El almuédano de la mezquita grande lanza su voz á los espacios, y cuando ha terminado su discurso, que tan claramente oigo desde mi azotea, escucho en armónica confusión un conjunto de voces, las unas cercanas y las otras distantes, ésta atiplada, la otra ronca, aquella fuerte y tal otra dulce y melodiosa. Es que los almuédanos de las otras mezquitas repiten idénticas expresiones que su jefe.

FELIPE RIZZO Y ALMELA



La Adoración de los pastores
(Cuadro de Bernardo Fabricio)

EN SUSÁ

POR MME. JANE DIEULAFOY

(CONTINUACIÓN)

He podido tomar nota de algunas estrofas de la canción que improvisan por la noche los vigilantes del campamento:

"Cuando yo era joven no pasaba ningún cuidado; no sabía si existían cuidados ó si mi corazón los ignoraba.

"Cuando un hombre posee cuatro krans, el gobernador le dice: "—Dame cinco krans." Y el desgraciado, sin fuerza ni valor, se muere de hambre.

"Si el rey se sentase al fuego de los tcharvaders, yo le diría: "—Sultán, Alah te pedirá cuenta de los crímenes cometidos bajo tu reinado. Muy pesado es, pues, tu sueño cuando las quejas de tus esclavos no consiguen despertarte."

2 de abril.—Los kasserés, por cuyos campamentos atravesamos hoy, descienden todos del Profeta: todos son ladrones de profesión. Interrogado Jacob con insistencia sobre el contenido de nuestras cajas, responde á los indiscretos: —Llevamos fusiles destinados al ejército de Chah Zadé. ¡Chis! ¡Secreto de Estado!



Campesinos holandeses bebiendo
(Cuadro de Teniers)

3 de abril.—A orillas del Chur.—Una tribu establecida en la otra orilla atraviesa á nado la corriente, á fin de examinarnos más de cerca.

Los hombres se precipitan, vienen luego las mujeres sosteniendo racimos de niños desnudos. Son doscientos, apretados á nuestro alre-



Paisaje, por Salomón van Ruysdael



Copa de oro

(del tiempo de Eduardo VI de Inglaterra)

ocultos aquí, allí, por todas partes, saltarán sobre nosotros, arrojarán las cajas al suelo y robarán las bestias!

El aviso nos ha parecido tópico; más que nunca, los tcharvadars han excitado sus mulos, y hemos seguido sus pasos, después de haberlos despedido de nuestros invisibles vecinos á



Paisaje, por Jan Wouwermans

dedor. — Nunca, — dicen, — habíamos visto gente tan blanca y tan bien vestida. — ¡La piel y los trajes de Susa!

4 de abril.—Henos aquí en la parte peor reputada del desierto. El Kerkha rueda sus aguas tumultuosas á quinientos metros de distancia; más allá se extiende la Turquía, donde los árabes encuentran la impunidad. En la tierra osmanlí viven los bandidos moralmente aliados con la tribu de Menchet.

Baker, el jefe de la caravana, espera verse atacado, se instala, en consecuencia, y planta su tienda bajo un espeso jungle. Les llevará á beber á los animales á una ensenada del río, disimulada por los sauces; en seguida, las cajas, dispuestas en muralla, formarán alrededor del campo un baluarte improvisado.

La táctica de los nómadas es invariable. Sea que ejecuten una razzia nocturna, sea que tenga efecto de día, los árabes machucan á los acemileros en la cabeza, se apoderan de las bestias de carga, brincan sobre sus lomos y huyen, sin perjuicio de volver después á buscar las cargas menos estimadas y más difícilmente negociables que los mulos y los camellos. La vigilancia y la defensa deben concentrarse en los animales.

Todo está apacible: el cielo, sin luna; en la tierra tinieblas profundas. Cuatro acemileros, sentados en los ángulos, harán centinela. ¡Cuántas gaitas que templar!

5 de abril.—¡Dura noche, dura noche! Á eso de las once, los centinelas dieron el alerta. Cogimos las armas, puestas á nuestro lado, y cubrimos el fuego con tierra para no servir de blanco nocturno.

Marcelo envió las balas de los revólvers y de las carabinas en la dirección indicada por los tcharvadars, mientras yo cargaba de nuevo las armas.

Entre el tercero y cuarto tiro oigo un grito y estas palabras: — ¡Son los faranguis! — Las grandes yerbas se agitan y luego vuelve entrar el jungle en calma.

Al rayar el alba, los acemileros nos ruegan que escoltemos sus animales hasta la ensenada en que habían abrevado la víspera. En la arena, huellas frescas de pies descalzos. Veinte minutos después la caravana estaba en camino. Si los árboles son raros, las plantas espinosa



Altar de San Clemente, en la catedral de Salford

sas alcanzan una altura inusitada. Viajamos á través de un bosque de cardos gigantes. El calor es intolerable: los mosquitos se ponen rabiosos. Con todo, vamos á paso rápido: nuestras gentes tiemblan y se ponen verdes tan sólo al pensar en los peligros que desafián. Uno de ellos se separa un instante del convoy. De pronto pasa corriendo sin poder resollar, con la mirada extraviada, el rostro cubierto de sangre, enteramente desnudo, y viene á cogerse de la silla de Marcelo: — ¡Los árabes! ¡Los árabes!

La llanura es siempre inmensa; los cardos siempre inmóviles.

— ¡Saheb! ¡Kanam! ¡No abandonéis la caravana! — exclama Baker. — ¡Si os alejáis, si os vais contra los brigantes, sus hermanos,

tiros de carabina. Ligeros penachos de humo coronan las altas yerbas de la llanura. Cuenta hecha: responden veintiséis fusiles á nuestro saludo. Las armas de los árabes carecen, afortunadamente, de precisión y no tienen grande alcance. El día en que los nómadas posean algunos de esos remingtons que los ingleses importan en la Turquía Asiática no se podrá ya atravesar este país.

Tres horas antes de ponerse el sol, la caravana salía del bosque de cardos y entraba en una llanura descubierta fácil de vigilar.

La víctima de los árabes ha recibido un violento palo entre ambos ojos; hemos curado su herida y los numerosos rasguños dejados sobre su cuerpo por las uñas de los nómadas, y luego, bien ó mal, se le ha arreglado un traje decente.

— ¿Por qué no has gritado?

— Obró como hombre avisado, — interrumpió Baker; — quien cae en manos de los bandidos debe dejarse despojar, emprender la fuga y guardarse de pedir socorro, so pena de comprometer la salvación general.

6 de abril.—Se ha pasado tranquilamente la noche, pero los incidentes de la jornada precedente habían sido tan inquietantes que resolvemos doblar nuestros centinelas. De vez en cuando disparamos algunos tiros.

La caravana, puesta en camino desde que rió el alba, siguió á lo largo del levantamiento rojo que desde Susa, por un singular efecto de espejismo, se transforma todas las mañanas en un castillo feudal.

— Examinad bien esa montaña, — me dice Baker; — es una montaña de talismanes. Al salir el sol, los viajeros que pasan por aquí ven sobre estas alturas unos jardines deliciosos; corren á apagar su sed en las puras fuentes del oasis, van á coger los racimos de uvas que cuelgan de las parras verdes, á abrigar bajo naranjos de frutas de oro. Con la boca seca, los ojos llenos de codicia, en sudor la frente, llegan jadeantes á esos maravillosos jardines. De pronto, verdura, frutos, palacios, desaparecen y se ven solos, sobre una roca desolada donde una perdiz no encontraría una brizna de yerba para abrigar su cabeza.

Dos árabes armados hasta los dientes cruzan el convoy. Si no pusiésemos buena cara los acemileros emprenderían la fuga. Los nómadas se alejan. Baker, sentado sobre su cabalgadura, se me acerca:

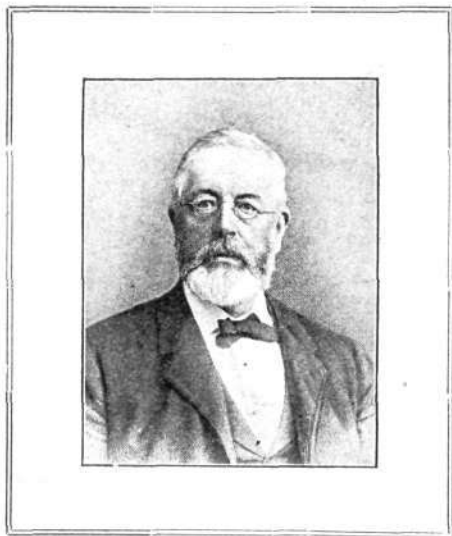
— ¿Veis á esos brigantes? Viven de cardos como mi burro; pacen la yerba seca de los caminos. ¿Y aquellas esteras viejas que hay allá abajo, en aquel campamento abandonado? Son sus casas. ¿Cómo luchar con gentes que no tienen morada estable, ni cultivan la tierra y comen yerbas? No es extraño que sean nuestros amos.



Inauguración del canal de Manchester (fresco por Ford Madox Brown)

Los dos viajeros pertenecían á una tribu salvaje mandada por el jeque Melahyé. Henos aquí en el corazón del campamento. Los nómadas, casi desnudos, nos siguen, hacen cabriolas, amenazan, lanza en mano.

—Baker: ¿qué contienen estas cajas?



Mr. Enrique Tate, opulento coleccionista inglés

—Ladrillos. Los hay cocidos y los hay crudos. También llevo piedras; pero no valen nada: todas están rotas.

—Baker, detente. Mira qué hermosos pastos. ¿Por qué robas los talismanes de Daniel? Detente. Ya tendremos manera de impedir á los faranguis que sigan su camino. Hazles bajar de á caballo. Cuando estén en tierra ya no nos echarán más sortilegios. Son brujos. ¡Alah! ¡Alah! ¡Hay que hacerles cocer y guardar los talismanes!

Baker da prisa á los hombres, da prisa á los animales. Quiere la desgracia que se caiga una bestia. Los acemileros se precipitan en su socorro. Los árabes se arrojan sobre ellos y se creen en el caso de despojarlos. Llegamos, revólver en mano; los bandidos se apartan, pero uno de ellos dispara contra nosotros una pistola de un codo de largo; los balines de que estaba cargada el arma hasta la boca van á incrustarse en las tablas de una caja. Milagro es que no nos hayan tocado.

La caravana va adelante. Los nómadas siguen nuestros pasos. Una piedra, lanzada con mano ejercitada, hiere en la cabeza á Marcelo. Por mi parte, recibo una violenta contusión en el hombro.

La cólera nos arrebató. Volvemos grupas. Los asaltantes arrojan sus lanzas y huyen como liebres.

7 de abril.—Ha sido menester abandonar la dirección de Djeria y de Ahwaz (el Karun desbordado ha inundado el país) y tomar la de Hawizé. ¡Qué fortuna que el toro haya sido llevado á Kalehé Bender! Si las carretas hubiesen seguido su primer itinerario se verían hoy en la necesidad de retroceder á Susa. El suelo está calado; los mulos caen á cada paso; las cajas, demasiado pesadas, se rompen; la caravana no hace veinte kilómetros por día. ¿Qué sería de nuestras carrozas?

Mosquitos, siempre mosquitos en espesas nubes. El calor es pesado, húmedo, insoporable.

8 de abril.—Ku Manniur.—Hemos atravesado unas dunas entrecortadas por levantamientos esquistosos; visto las huellas frescas de una fiera de gran talla; torcido á la izquierda, en un punto llamado Nahr-Hachem; doblado un gran lago formado por las aguas de la inundación. El valle aparece cubierto de yerbas y flores. Pasado por delante de un tupido konar.

—¡Estamos salvados!—exclama Baker.—¡Hé aquí el árbol que me vió nacer; hé aquí la tierra de mis padres! En otro tiempo recorrían esta comarca numerosas tribus persas:

hoy no alimenta ni siquiera chacales: el pueblo se ha ido á Rum (Turquía.)

—¿Son desconocidos los ladrones en el país de tus padres?

—¡Qué han de ser! Pululan: los conozco á todos.

—¿Qué distancia nos separa de Djeria?

—Cuatro farsachs.

—Vamos á ese pueblo.

—Imposible: es ya tarde. ¡Y los ladrones!

—Les conoces á todos.

—De día; pero no de noche. ¿Distinguiría ni siquiera entre mi padre y mi madre? Aparte de esto, pasaremos la noche trabajando.

Se trata de reemplazar la paja que llena las albardas con tejidos de esos que están sujetos á innumerables derechos de peaje que reclaman todos los jeques árabes. A fin de no lastimar á los animales, la operación debe hacerse lo más cerca posible de Djeria.

Estamos acampados al pie de un levantamiento esquistoso. La llanura está desierta, abandonada, sin vegetación, enrojecida por el sol que penetra en el horizonte en su palacio de púrpura.

Muévese un punto á lo lejos, después diez, veinte. Cesamos de contarlos y corremos hacia el campamento. Los animales son conducidos detrás de las cajas. Marcelo y yo acumulamos municiones al alcance de la mano. Más de sesenta nómadas, infantes y jinetes se adelantan rápidamente. Son hombres, mujeres, más terribles que sus maridos si he de creer las historias horribles que cuentan de noche los acemileros de guardia.

—¡Hé aquí la muerte!—gimen nuestras gentes.—¡Son los Ansaries! ¡Romped el fuego! ¡Saheb, Kanum: disparad sobre esos perros malditos! ¡Van á cargarnos! ¡Tirad, tirad! Dios lo ha querido. Seremos comidos aquí por las aves de rapiña.

Dos tiros de carabina.

Es una señal bien conocida. En el desierto significa: "No os acerquéis."

Baker se adelanta como plenipotenciario. Hay bastante claridad aún para que pueda distinguir á su padre de su madre. Se parlamenta. Vuelve sobre sus pasos.—Saheb, el jeque desea hablaros. No os olvidéis de decirle que hay doce faranguis que duermen bajo la tienda.

Nos adelantamos. Los nómadas hacen señal de venir á nuestro encuentro; pero un gesto enérgico les detiene. El uno desea un remedio para sus ojos enfermos; el otro quiere un ta-



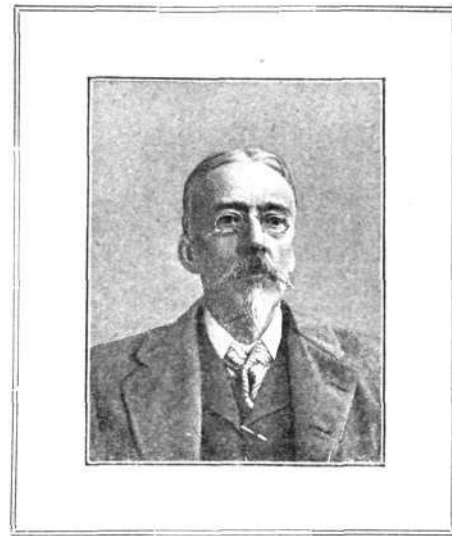
Juan Jacobo Rousseau (retrato por Ramsay)

lismán capaz de atraerle la benevolencia de una joven; un tercero pregunta en qué tribu se esconden dos búfalos que le robaron la semana pasada.

No me forjo ilusiones: se nos trata como hijos del diablo. A esta bien establecida filiación

somos deudores de poder atravesar,—dos,—semejante país.

Los fulgores crepusculares se fundían en la noche. Baker me tira de un faldón de la cazadora. —Venid un instante: deseo hablaros. No os alejéis de nosotros. Esos árabes son



Mr. J. Lewis

traidores. Nada me dice que no vayan á rodearos y mataros. Si muere Saheb, ¿quién defenderá los mulos, si no estáis ahí?—Entretanto cerraba la noche, negra. Marcelo invitó á los árabes á retirarse y á dejar que nos reuniésemos con nuestros doce camaradas que dormían bajo la tienda. La tropa se ha alejado de mala gana, después de haber recibido sulfato de hierro, hiposulfito de sosa y un talismán matrimonial honrado con mi rúbrica.

10 de abril.—Al día siguiente de nuestra entrevista con los amigos íntimos de Baker llegamos á las sierras del jeque M'sel y á la aldea de Djeria, edificada á orillas del Karum: esta vez estábamos bien salvados. Un gran *kachti* (barco de vela) fué fletado y cargado; tomamos posesión de un alcázar ventilado, levantado en la popa; soltáronse las amarras, y la corriente, muy rápida, arrastró el barco. Cuando el viento es favorable se carga la vela y volamos. Las palmeras de Mohammerah aparecen en el horizonte; pero me vería tan imposibilitada de hablar del paisaje como me ocurrió hace cuatro años, cuando bajé por el Karum la primera vez. Duermo sin parar. ¡El viaje entre Susa y Djeria ha sido tan penoso, tan arriesgado!

¡Cabalgar diez horas bajo un sol implacable; recibir ó disparar tiros de la mañana á la noche y de la noche á la mañana; hacer guardia del crepúsculo hasta el alba y no ser más que dos!

12 de abril.—Bassorah.—Llegados á Mohammerah partimos para Felieh.

Marcelo contó sus apuros al jeque M'sel; éste hizo reunir á los barqueros del país; todos se negaron á subir hasta Kalehé Bender. Sin embargo, un patrón declaró que intentaría la empresa mediante una remuneración de cuatro mil francos por *belem* (se necesitaban seis), y aun no respondía de llegar á su destino. El jeque nos aconseja que intentemos algo con los barqueros turcos, más numerosos y audaces que los de Mohammerah.

Siete horas después llegábamos á Bassorah. Henos aquí instalados en el viceconsulado de Francia, abandonado desde hace muchos meses por su inquilino. La custodia de la casa está confiada á un pobre diablo de conserje minado por la fiebre. Un negociante austriaco, cuya habitación está contigua, me ha hecho ofrecer muebles, que le son inútiles, según asegura. Le doy las gracias: tiempo hace que me han dejado de ser necesarias esas superfluidades. ¡Se es tan feliz careciendo de todo para no tener que ocuparse en nada!

(Se concluirá)

Traducción de MARTA MALLÍE

AGUA DEL CONGO PARA EL TOCADOR

Todos acuden en tropel
á blanquearse la piel;
y mi AGUA usan con tales deseos
que dentro de poco no habrá feos.

Victor Vaissier, inventor del jabón del Congo.

LA HERMOSA GRAZIANA

NOVELA POR

ANTON JULIO BARRILI

(CONTINUACIÓN)

Fuése Ascanio, habiendo alcanzado ya todo lo que podía alcanzar por entonces. La jornada fué en parte ocupada por otra novedad. Sus padrinos no habían encontrado á Venaíra en el lugar en que quedaron; y por más que habían ido á su casa y le habían buscado por los sitios que frecuentaba, no habían conseguido dar con él. Más tarde habían sabido algo, pero era tan gordo que vacilaban en creerlo. Venaíra, gran padrino de todos los duelos, grande árbitro en todas las cuestiones ajenas, había sido visto á las cinco de la tarde, con la maleta, en la estación *di Termini*. Duelo esfumado en una vileza; placer de la venganza escapado á Marini. Ascanio escuchó en silencio; nada podía conmoverlo ya: era hombre al agua. Si aun vivía por alguna parte, era por la angustia de saber si Donna Elisa podría ir á Montalto.

Volvió á su casa á las ocho de la noche, como le había dicho ella. Donna Elisa no estaba en casa, ni estaba ya en Roma. ¿Había partido ya? ¿Tan pronto? Tanto mejor, al fin y al cabo. Así se reuniría antes con Graziana y le pediría más pronto perdón para él.

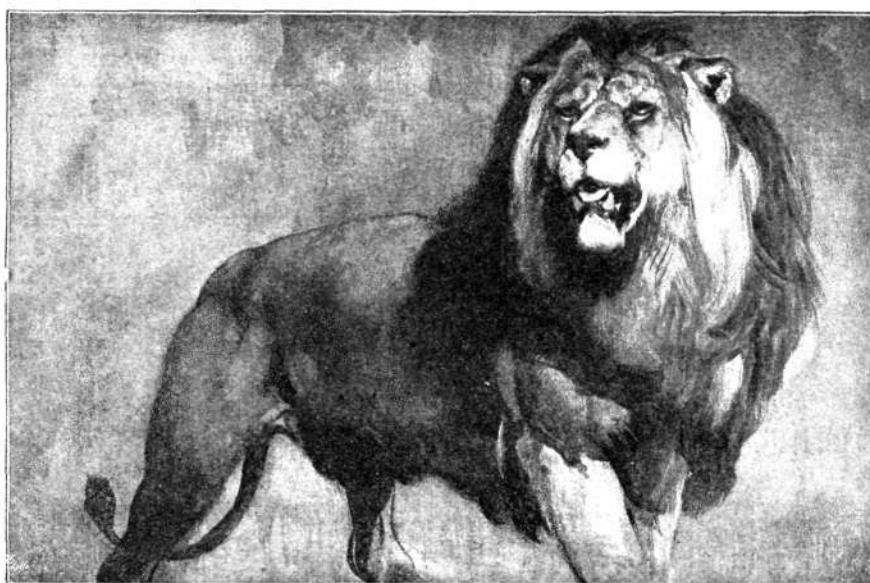
Donna Elisa no había tenido necesidad de irle con pretextos á su marido. Apenas había salido Ascanio de casa Montalenti, cuando le gaba un telegrama para la señora; un telegrama de Don Filippo, y decía: "Graziana enferma. Quiere verla. Dése prisa." Donna Elisa no había perdido el tiempo. Mandó llamar un coche de plaza y fué á buscar á su marido al Senado. Le había enseñado el telegrama, y sin volver á casa se hizo conducir á la estación para el tren de la tarde: afortunada, en tanta ansiedad, para llegar á tiempo, pues estaban cerrando ya las portezuelas. Con qué corazón hizo el camino, puede adivinarse. ¡Era aquello muy distinto de sus elegías á las golondrinas y de todas las demás melancolías literarias de

venía á ser para él un contratiempo, alterando la placentera eutimia de las costumbres. A la verdad, aquel día, para no ser molestos, había huído una parte de los próceres; la otra parte huyó en el mismo tren que había conducido á Donna Elisa. Se habían quedado, para servir de algo, el viejo marqués de Ripaíratra, buen diablo, con toda su prosa agronómica, y el conde de Varanello, no tan cínico como parecía por sus palabras.

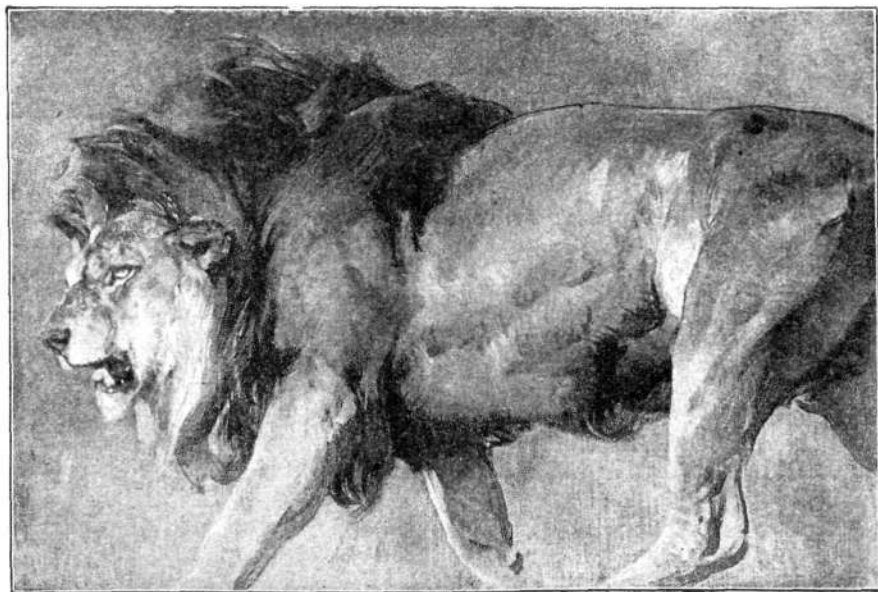
Graziana se encontraba mal, y lo que supo Donna Elisa, apenas hubo llegado, justificaba las últimas palabras del despacho: "Dése prisa." ¿Pero cuál era la causa de la enfermedad? Hablábale de una insolación. Ya la marquesa no se había encontrado muy bien aquel día. La misma mañana que debió partir el señor Marini, llamado á Roma por urgentes asuntos domésticos, ya no había podido recibirle para desearle buen viaje. Más tarde, durante el día, se había sentido mejor. Parecía que le hubiese probado el descanso; tanto, que se había levantado de la cama, había bajado á comer, había paseado por el jardín y por el parque, fresca, fuerte como antes, y reído luego, reído como no hubiese hecho nunca. Aquella noche, ¡extraño capricho!, había entrado en la sala de armas, había querido ponerse el justillo de cuero, tirar

cho mucho camino, por aquí y por allá, en el espacio de cuatro horas, porque la habían visto galopar por la cuesta de la Abadía, trotar hasta el extremo del estanque, atravesar, por fin, la vía férrea, cerca de la estación de Montalto, puntos distantes todos ellos muchas millas uno de otro. De regreso, y toda bañada en sudor, no había querido descansar aún. Urgía que cuidasen de su caballo, su favorito *Margutte*, que había vuelto rendido de cansancio. Sólo después de haberle visto diligentemente limpiado, enjugado, abrevado, dado el pienso, después de haberle acariciado largo tiempo y dándole algunos terrones de azúcar, se acordó de ir á cambiar de traje y de pensar en sí misma.

Pero muy pronto se habían declarado los síntomas de una grave indisposición. Había empezado con un gran dolor de cabeza y con una repentina rigidez del cuello; encendidos el rostro y los ojos, seca la nariz; suprimido el sudor, el ánimo extrañamente irritable, algún desvanecimiento, habían hecho que se mandase á llamar un médico. El médico había ido por la tarde, había observado, preguntado y no había dudado en diagnosticar una meningitis por insolación. Confirmáronle en su sospecha intensos escalofríos, á los que seguía un insólito ardor por todos los miembros, y más particularmente en la cabeza. El pulso frecuente, duro y contraído, las contracturas musculares, la ansiedad, las inquietudes frecuentes, los breves sopores, las convulsiones, los delirios, de que se restablecía, sí, pero grandemente abatida. El buen médico había comenzado por hacer todo lo que el caso grave requería; pero sus remedios, aunque enérgicos, los antiflogísticos, las deplecciones copiosas, las bebidas frías, el hielo en la cabeza, nada bastaba para vencer el mal. Persistían los períodos de sopor, seguidos de convulsiones y delirios; presentábase también el síntoma poco tranquilizador de los sudores parciales y viscosos en las sienes y en el cuello. En medio de sus desvanecimientos había llamado muchas veces á Elisa; se había acordado de ella en los intervalos lúcidos y había manifestado deseos de verla. Don Filippo se había apresurado á complacerla, enviando un telegrama á la señora Montalenti. Y le parecía haber hecho mucho por la enferma telegrafando su deseo á Donna Elisa. ¿Qué podía hacer más? Estábase fuera del cuarto, sentado en un sofá, con las piernas abiertas, los brazos apoyados en las rodillas, cabizbajo, contando con los ojos los cuadritos del mosaico. Resollaba, de vez en cuando meneaba la cabeza, se levantaba, echaba una ojeada desde el umbral en el cuarto de la enferma, después salía á la escalera, iba á pasear por el jardín para volver media hora después al acostumbrado juego. —¿Qué quieren Vds.?—decía.—No estoy hecho á cuidar enfermos. No entiendo palabra en esto. No haría sino estorbar estándome allí. (Se continuará)



Estudio para los leones de Trafalgar Square, por sir E. Landseer



Estudio para los leones de Trafalgar Square, por sir E. Landseer

Eurila Quelidonia Elisa Montalenti penetraba, espectadora y consoladora piadosa, en los dolores profundos, atroces, sangrientos, de la vida real. Llegada por la noche á San Fermín, encontró á Don Filippo pensativo, muy fastidiado con aquella enfermedad imprevista, que

á espada con el marqués de Ripaíratra, felicísimo con dejarse tocar media docena de veces por aquella diabólica exterminadora. Curada, pues, completamente curada. Y al día siguiente montó á caballo y dió un largo paseo.

Debió haber ido muy lejos; debía haber he-

LAS ÚNICAS CASAS ENCARGADAS DE RECIBIR LOS ANUNCIOS EXTRANJEROS PARA ESTE PERIÓDICO SON:

En París: L'AGENCE HAVAS, 8, place de la Bourse, y en Madrid: la SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA, Alcalá, 6 y 8

→ ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS.-PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA←

EL MUNDO DE LA GLORIA

Edición verdaderamente espléndida

Enciclopedia de lo más bello, culminante y extraordinario que se destaca en la historia de la Humanidad. Va ilustrada con cromos tan ricos y tan esmerados que se presentan en competencia con los mejores que han visto la luz hasta hoy. Cada cuaderno, de 48 columnas y una lámina al cromo ó cromolitografía ó dos al boj, cuesta 4 reales.—Consta la obra de 100 cuadernos, con profusión de magníficos grabados intercalados. Valor total de la misma, 100 pesetas.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadrados en tela, á los siguientes precios:

	Pesetas
La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías.	18'
Elementos de Histología, por E. Klein con 181 grabados.	10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías.	18'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías.	11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías.	11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.	8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados.	10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grab.	12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchel Bruce.	15'
La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.	11'50
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.	13'50
Enfermedades quirúrgicas de los riñones, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías.	13'00

EN PUBLICACIÓN

Anatomía quirúrgica aplicada por Federico Treves

Enfermedades de las articulaciones por Howard Marsh

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, plaza Tetuán, 50, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

En provincias, en casa de nuestros correspondientes.

A todo pedido debe acompañar el importe de certificado, 75 céntimos, sin el cual no se respone del envío.

Obra próxima á publicarse

TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA por RICARDO FLEISCHER

Barcelona: RAMON MOLINAS, editor, plaza Tetuán, 50



EAU DE SUEZ

Vacuna de la Boca.

EMBLANQUECE los DIENTES,
ENTONA LAS ENCÍAS,
PURIFICA LA BOCA.

El solo Dentífrico que suprime el Dolor de Muelas.

SE ENCUENTRA EN TODAS LAS FARMACIAS, PERFUMERÍAS, ETC.

Se envía el folleto explicativo á quien lo pida al Sr. SUEZ, 9, Rue de Prony, París.

TIPOLITOGRAFIA DE RAMON MOLINAS

BARCELONA.—PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

LA SAGRADA BIBLIA

TRADUCIDA AL ESPAÑOL DE LA VULGATA LATINA

Y ANOTADA CONFORME AL SENTIDO DE LOS SANTOS PADRES Y EXPOSITORES CATÓLICOS POR

EL ILMO. SR. D. FELIPE SCIO DE SAN MIGUEL

Esta obra va ilustrada con más de mil hermosos grabados y magníficas cromolitografías, publicándose por cuadernos semanales de á 32 columnas de gran tamaño, siendo el precio de cada cuaderno el de DOS REALES EN TODA ESPAÑA.

GLORIAS ESPAÑOLAS

por CARLOS MENDOZA

Esta obra, que consta de cuatro tomos de regulares dimensiones, contiene las hazañas de los héroes, la vida de los artistas y los sabios y los progresos de la civilización de nuestro país, constituyendo una verdadera *Historia popular de España*.

Se reparten cuadernos semanales de 2 y de 4 reales.

AGRADABLE Á LAS SEÑORAS



El mejor modo para serlo es conseguir procurarse un cutis perfecto.—Esto es lo que puedo y quiero hacer; esto es lo que hago empleando el célebre SKINTONIC de Mme. Anna Ruppert. Es inútil hacer su elogio. El SKINTONIC es un remedio que no necesita recomendarse al público. Todo el mundo conoce sus cualidades. Limpia, fortifica y tonifica los músculos. Cura el sarpullido, el eczema, etc.; en una palabra: todas las decoloraciones y erupciones. No es un cosmético, sino un medicamento externo. Precio: la botella. 18 ptas.; 3 botellas (cantidad necesaria habitualmente), 50 ptas. El precioso ELIXIR DE BELLEZA, de Mme. Anna Ruppert, se da gratis. Se proporcionan, gratis también, todos los detalles. Discreción. Dirigirse personalmente ó por carta á

Mme. ANNA RUPPERT

Depósito para la venta al por mayor: Fontanella, 26, Barcelona.—De venta en todas las perfumerías.—Agencia en Madrid, Perfumería inglesa: SIXTO ROMERO, Carretera de San Jerónimo, 3.

→ LIBRERÍA IBÉRICA ←

MANUEL PLA

SAN BERNARDO, 19.—MADRID

REPRESENTANTE EXCLUSIVO de "LA ILUSTRACIÓN IBERICA"

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE á toda clase de obras publicadas y en publicación.—Se sirven, completan y encuadernan todas las obras.—Libros de texto, medicina, artes, recreo, etc., etc.

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE.—RAMÓN MOLINAS, EDITOR.—PLAZA DE TETUAN, 50, BARCELONA

OBRAS DE GRAN LUJO ILUSTRADAS CON PRECIOSÍSIMOS CROMOS

EL CULTO DE LA HERMOSURA, por Juan J. Uguet. Consta de 60 cuadernos, al precio de 4 reales.—Coste de la obra, en España, 60 pesetas.

LA MUJER AMOR, por D. Rafael del Castillo. Consta de 60 cuadernos, á 4 reales uno.—Valor total de la obra, en España, 60 pesetas.

OBRAS ECONÓMICAS ILUSTRADAS CON EXCELENTE CROMOLITOGRAFÍAS

LOS TRES GUARDIAS DE LA REINA.—Escrita por Rafael de la Cuesta.—35 cuadernos, 17'50 pesetas.

EL JURAMENTO DE UN PROSCRITO.—Novela histórica original, por Rafael de la Cuesta.—40 cuadernos, 20 pesetas.

LOS DRAMAS DE LA INDIA.—Obra de Mery, traducida por Blasco.—34 cuadernos, 17 pesetas.

BRAZO DE HIERRO.—Aventuras de un grumete sevillano.—Novela escrita por Eduardo Blasco.—30 cuadernos, 15 pesetas.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, editor, plaza de Tetuán, 50.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor: Ancha de S. Bernardo, 19, pral.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA + INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE LA ILUSTRACIÓN IBERICA: PLAZA DE TETUAN, NÚM. 50.—BARCELONA